

CRISTINO ÁLVAREZ y PEDRO CABALLERO

OTRA VIDA

NOVELA ESCÉNICA

PRECIO: 3 PESETAS

EDITORIAL PUEYO

OTRA VIDA

CRISTINO ÁLVAREZ
PEDRO CABALLERO

OTRA VIDA

NOVELA ESCÉNICA



MADRID
1920

IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA. MADRID

PRÓLOGO

¿Qué cosa es un prólogo? ¿Para qué sirve un prólogo? ¿Se podrá hablar acerca de la inutilidad de los prólogos? Como todas las cosas de este mundo, los prólogos son buenos o malos, útiles o convenientes, necesarios o impertinentes, aciagos o afortunados, según el empleo que de ellos se haga. En nuestro siglo de oro los prólogos no fueron más que una menguada adulación que un amigo del autor, por encargo de éste, escribía para poner a su cofrade en los cuernos de la Luna. Pero llegó una ocasión en que cierto príncipe de nuestra Literatura se vió acosado, mordido y asendereado por los canes de la envidia, y entonces prescindió de los acostumbrados miramientos y arremetió fieramente contra la jauría, escribiendo el mejor prólogo que

hasta aquella hora viera la luz en letras castellanas. Este prólogo, modelo de todos los prólogos, es el que figura al frente de la segunda parte del Quijote; espejo de cortesía y de ardimiento, de bondad y de energía, de comedida modestia y de arrogancia frente al enemigo. Un prólogo, en fin, que tuvo después muchos imitadores, pero ningún competidor; porque los escritores, aun los de la época moderna, que se vieron mordidos por la crítica, pensaron que podían hacer lo mismo que hizo Cervantes, sin pararse en las barras del comedimiento y de la prudencia en la represión de la injusticia, que caracterizan aquella admirable página del más glorioso de los mutilados por la guerra.

Fuera de este caso y de otro de que dió ejemplo el ilustre Menéndez y Pelayo en sus asombrosas buscas y rebuscas a través de la casi impenetrable selva de la historia literaria de nuestros orígenes, que fué el aprovechar la ocasión de los prólogos para establecer las verdaderas reglas de la crítica moderna, con más amplitud y mayor estudio que los más famosos polígrafos del extranjero; fuera de estos dos casos, repito

para mayor claridad, no hallo utilidad notoria al uso del prólogo, que, como ya cuento que sucedía en los tiempos de la mayor frondosidad literaria de nuestros ingenios, se reduce a hacer el elogio del autor y de su obra, por medio de hiperbólicos ditirambos y descomunales elogios, que sólo la amable cortesía del lector y las obligaciones de la amistad que suele unir al prologuista y al autor pueden justificar, si alguna justificación tiene el provechoso arte de adular al prójimo. Muchas veces el prólogo es el afeite de la obra. Otras, una mixtificación destinada a engañar al lector de buena fe. Mixtificación o afeite, yo tengo comparados ciertos prólogos a esos sutiles velillos sembrados de gruesas motas de terciopelo, con que las damas añejas se cubren el rostro. Velos y prólogos cumplen en este caso el noble servicio encomendado a la hiedra; que es el de vestir honestamente unas venerables ruinas, maltratadas por injurias centenarias.

—Pero ¿es que va usted— preguntará aquí alarmado el lector—a pegar un palo a los autores de este libro?—No—contestaré yo—. De ninguna manera: en primer lugar—,

porque para pegar palos se necesita tener fuerza, que en este caso puede traducirse por autoridad; y yo no la tengo. Y en segundo lugar, la modestia de los autores no merece un trato semejante, como pago a los entusiasmos de una triunfante juventud que se desborda en páginas de un sentimentalismo espontáneo y sincero, desprovisto de toda afectación estudiada. Mi enemiga a los prólogos no se refiere para nada a la presente obra, sino a la costumbre general de escribirlos, en la cual me han hecho caer lazos ineludibles de una amistad cariñosa y perdurable, que yo no puedo ni quiero desatar. Escribo, pues, lo que no hubiera querido escribir: y lo escribo mal, seguramente, con el previo propósito de una enmienda eficaz y con el dolor de no haber dado con una fórmula nueva para los prólogos, que tanta falta está haciendo para los libros y para sus autores.

Los de «Otra vida», comedia romántica o novela sentimental, que empezará en cuanto yo acabe de trazar estos desmayados conceptos prologales, son dos amigos queridísimos, mucho más jóvenes que yo, de los cuales uno ya no existe: Cristino Al-

varez, muerto hace poco en plena posesión de los tesoros de su juventud, en pleno arrebato de entusiasmo por la ingrata literatura. Era un muchado bueno, sencillo, estudioso, enamorado de todo lo bello y ardiente luchador por la gloria, que tantas víctimas arrastra tras de su engañosa estela. Fué un hombre ingenuo y en toda su breve historia literaria no se hallará un solo rasgo que no responda a la transparente sinceridad de su alma clara, luminosa, descuidadamente abierta al ideal. Hermano suyo en juventud y en sentimentalismo es el otro autor de esta «Otra vida», que el lector debe apresurarse a buscar, unas cuantas páginas adelante: Pedro Caballero, enteramente conforme con su recio apellido, físicamente compenetrado con él. A este paladín de las viejas y nobles usanzas castellanas, pariente espiritual de aquel conde de Benavente cantado por don Angel de Saavedra, pertenecen seguramente los conceptos más enérgicos y entonados de «Otra vida». Suyo es el inflexible carácter de este Alberto de Caris, *personaje escapado de algún desconocido libro del Ariosto, a quien un endriago volador dejó caer en el espíritu*

caballeresco de este querido amigo mío, para que saliera envuelto en las galas de una castiza prosa castellana.

Y así fué, y ahí está la comedia romántica de estos dos muchachos, que tal vez no sea una comedia, rigurosamente encerrada en el estrecho molde de la técnica teatral; tampoco se puede pedir eso a una obra sentimental, a una obra escrita con el corazón, valga el tropo. Yo recuerdo en este momento muchas comedias inmortales que no son tales comedias, sino poemas y a veces novelas dialogadas, que sólo por excepción y contando con un público preparado a recibir con gratitud todo lo que sea bello, pueden ser representadas en un teatro. También sería del caso distinguir dos vocablos que suelen andar confundidos en la fraseología corriente: el romanticismo y el sentimentalismo. Recuerdo haberlo intentado una vez, con motivo de una representación de La dama de las Camelias *en el teatro de Eslava. En aquella ocasión traté de establecer las diferencias que distinguen el romanticismo, que fué una rectificación del clasicismo renaciente, y el sentimentalismo, que no tiene nada que ver con el helenismo.*

y la renovación religiosa. Y como no es cosa de refreír en este prólogo conceptos que por ser míos no tienen ninguna transcendencia ni aun mediana importancia, abandono el tema, declarando autocráticamente que lo romántico puede ser sentimental, pero que lo sentimental no es precisamente lo romántico; y que ambos conceptos, totalmente separados por una línea de épocas y de clasificaciones literarias, no deben confundirse o está muy mal que se los confunda con tan lamentable frecuencia.

Quédese lo romántico para su época, que ya pasó, y en la cual fué necesario volver por los fueros del Cristianismo, invadido por las imitaciones paganas, y aceptemos con regocijo y gratitud los modernos frutos del sentimentalismo, en unos tiempos positivistas como los nuestros, envenenados por el tóxico mercantilista que no ha perdonado nada; ni siquiera la vaga y amena literatura, que parecía la materia menos contumaz para dejarse invadir por estos gérmenes morbosos.

La misión del prologuista ha terminado. Va a levantarse el telón, y, como el personaje de la ópera de Leoncavallo, puedo

gritar a los de adentro: ¡¡Incominciate!! *La presentación está hecha; los actores, en posesión de sus papeles, aguardan la voz del traspunte. ¿Qué me queda que hacer? Retirarme detrás de la cortina y dejar que la comedia empiece para que los espectadores no se impacienten demasiado.*

F. MARTÍNEZ YAGÜES

Agosto 1920.

OFRENDA

Aún parece que le veo a mi lado, aún un claro optimismo riente alegra mi vida, creo. La expresión un poco infantil de su rostro, siempre en sonrisa; su charla inagotable, ocurrente, ingeniosa; la elevada nobleza de su corazón, un corazón ingenuo que veía la vida como él la deseara, desprovista de egoísmos, de bajezas, siempre con la divina ilusión de una esperanza.

El amigo verdadero, frater-

no—nuestra amistad nació al estudiar las primeras letras—, supo siempre de mis alegrías, que él compartía; de mis dolores, que le impresionaban profundamente.

Recuerdo un sucedido en el que se afianzó para siempre la semilla de amistad que germinaba. Éramos aún chiquillos, estudiantes del preparatorio de Medicina. Entonces tenía yo una novia, fusión maravillosa de luna y flor, luz bendita de mi romanticismo, toda belleza, en el encanto un poco triste de sus ojos negros, en el hechizo de su carita, en el pro-

digio de su voz, tan dulce, tan acariciante, en la que vibraba la bondad de un almita toda candor. Ella era toda mi ilusión de entonces, el sueño dorado de mis arrestos de hombrecito; por la que ambicionaba. Pues bien: una tarde... casi habíamos reñido; yo me separé de ella, apenado profundamente. Cristino me esperaba en la esquina próxima. Adivinó mi dolor, y se esforzó en consolarlo, en disminuirlo, todo sinceridad, todo dolor suyo ante el dolor mío. En aquel diálogo nuestro vi avanzar el tesoro incalculable que supone en la

vida una amistad leal, la seguridad de un consuelo, de un estímulo, de un abrazo que, en lugar de unir dos cuerpos, funde dos almas. Así era el infortunado camarada, todo alma, todo espíritu elevado en este mundo de envidias, de sensualidades, de mentiras. Y él, que fué tan castigado por la suerte, alegraba la vida de los demás con su alegría sana, mientras el dolor callado minaba su existencia. Fué un poeta irónico de la alegría...

En la obra que sale a la luz puso toda la intensidad de su temperamento generoso, el infi-

nito amor a la Humanidad que triunfaba en él. Ya enfermo, decidimos publicar nuestra comedia favorita, la que con más fervor escribimos juntos. Él estaba contentísimo, encantado, ante la seguridad de ver en las librerías la obra tan amada. Pero la fatalidad segó inexorablemente su ilusión, se llevó su vida, donde la felicidad es felicidad, donde es eterna la ventura, desde donde se ve este mísero rebaño maloliente, en el que el pastor ha de manejar la honda o el palo, en el que no hay sino rapiña...

Tu recuerdo vibra en mi pluma. Por tu magnífica generosidad espiritual, por el incomprendido amor que deseabas, por tu santo afán de embellecer la vida, por el cariño de mujer que mereciste. Fe, Amor, Belleza, Poesía, Perdón... Toda tu alma está en nosotros, triunfa...

PERSONAJES

ANA VICTORIA	18 años
PILAR	20 —
JULITA	17 —
MARQUESA	45 —
MERCEDES	50 —
PASCASIA	60 —
DUQUE ALBERTO DE CARIS	28 —
MARQUÉS	50 —
PEPITO	23 —
CARLOS	26 —
JULIÁN	22 —
UN CRIADO.	

Derecha e izquierda, las del actor.

INTRODUCCION

Ana Victoria separóse del grupo, y lentamente se dirigió al balcón, abierto de par en par. Como una caricia se respiraba el aire tibio y perfumado. La vista se encantaba con la perspectiva, los montes, magníficos de verdor, a derecha e izquierda, y enfrente el mar.

Miró al ancho paseo, en plena algarabía jubilosa. El ruido inconfundible de las tardes domingueras llegaba hasta Ana Victoria, a través del jardín, y sonaba alegremente en sus oídos. Además... Bien, ella quisiera estar largo rato contemplando desde aquel espléndido mirador la belleza del mar, y quizá, de pronto encontrase a su novio que la miraba. Pero no podía ser. Ella, realmente, tenía que hacer los honores de la casa...

Volvió a la tertulia. Sus íntimas amigas Pilar y

Julita leían a su vez un bonito libro de poesías. Y Carlos Cenal, como hombre de buen gusto, simulando que miraba el libro, las admiraba a ellas.

CARLOS. ¡Bonita poesía!

ANA VICTORIA. ¿De quién?

CARLOS. De López Guirás, el ultramoderno.

PILAR. No me gusta.

CARLOS. ¡Qué pronto fallaste!

PILAR. No creas; he leído algunas cosas suyas. Siempre lo mismo. Cuatro vulgaridades dichas del modo más enrevesado posible.

ANA VICTORIA. Palabras extrañas, ¿verdad?

PILAR. Sí, es lo único que encuentro en sus versos...

JULITA. ¡Pues a mí me gustan mucho!

PILAR. Porque no los entiendes. A ti te agrada más el dibujo.

JULITA. Y éste es muy lindo, mira.

PILAR. *(A Ana Victoria.)* ¿Ves algo?

ANA VICTORIA. Sí; un poeta que pulsa algo semejante a un arpa. Espera... aquel manchón extraño debe ser la luna.

CARLOS. Y esta línea larguísima, este contorno desdibujado, debe ser el poeta.

JULITA. ¡Sí, sí, mirad las melenas!

ANA VICTORIA. Es lo único que le caracteriza.

CARLOS. Decadentismo, ridiculez. Es la obra de arte a través de una borrachera de éter.

ANA VICTORIA. *(Riendo.)* ¡Bonita frase!

CARLOS. Justa a lo menos. *(Pequeña pausa.)* Yo no admito la nueva estética de los de ahora. Salvo algunas excepciones, verdaderos temperamentos, los demás son perturbados o, a lo sumo, elegantes engarzadores de palabras. Los eternos temas, Serenidad, Armonía, han desaparecido de tal modo, que en contados casos se encuentran.

PILAR. Yo sé de uno.

JULITA. ¿Cuál?

PILAR. ¿No adivináis; no lo adivinas tú, Ana Victoria?

ANA VICTORIA. *(Azorada.)* No... no sé...

PILAR. No sé; no sé... Vaya, que habrá que decir el nombre...

CARLOS. Pues allá va; lo diré yo... Rafael Valvar, un hombre afortunadísimo.

PILAR. ¿Es ése? *(Pequeña pausa.)* ¡No te hagas la tontita! Confiesa que te gusta.

ANA VICTORIA. Sus libros, sí.

Carlos. Y, por lo tanto, él. Ya conoce usted el adagio.

Ana Victoria. Son ustedes muy maliciosos. ¿De modo que porque a una muchacha la agraden las novelas de un escritor, ya hay que deducir que está enamorado de él? ¡Curiosa teoría!

Carlos. ¡Qué bien sabe defenderse! Cualquiera diría...

Ana Victoria. *(Interrumpiendo.)* Nadie puede decir nada.

Julita. A no ser que estáis en relaciones.

Ana Victoria. Mirar Julita...

Pilar. No insistáis, que es de mal tono la indiscreción. *(Enfática.)* Las relaciones de Rafael y Ana Victoria son un secreto.

Ana Victoria. ¡Pilar!

Pilar. Y, por lo tanto, no pueden saberse más que como secreto...

Carlos. Sí; como está enterado todo el mundo. Por cierto que el galán no se lo oculta a nadie. Toda la numerosa legión de los amigos que le rodean conoce sus amores.

Ana Victoria. ¿Es verdad?

Carlos. No lo dude usted, Ana Victoria. Rafael, aunque quisiera, no podría ocultarlo. Los artistas suelen ser muy comunicativos.

PILAR. Gran defecto.

CARLOS. O gran ventaja, según. Defecto para los asuntos poco claros, para ciertos aspectos, ¿verdad? Pero en las relaciones sentimentales que tienen como fin el matrimonio, cuanta más publicidad, mejor. Eso me enseñó la vida.

ANA VICTORIA. ¿Es que desea usted que le llamemos viejo?

CARLOS. No importa la edad. En estos trances tiene más experiencia el que ha sufrido más. El dolor muchas veces es el camino de la felicidad.

PILAR. *(Riéndose)*. ¡Bravo!

ANA VICTORIA. Yo creo que los desengañados han de lograr difícilmente su ventura. Tienen seco el corazón. La risa en ellos un artificio más, muerta la ilusión.

CARLOS. ¡Oh, no; eso, no! La ilusión vive siempre con nosotros. Hablamos del mañana y soñamos. Si fuese como usted dice, no habría ese mañana tan convencional, pero tan humano. Todo sería realidad triste y mísera; lloraríamos la falta de nuestro anhelo, suprimida la más noble cualidad de nuestras almas, esa que, estando quietos, nos permite remontarnos y volar.

JULITA. Carlos debe haber querido mucho.

CARLOS. No sé; quizá. *(Pausa.)*

ANA VICTORIA. ¡Qué silencio! ¡Nos hemos quedado tan callados!

PILAR. El silencio es el poeta de los enamorados y de los románticos. Nada tan encantador como quedarnos a solas con nosotros mismos.

JULITA. ¡Extraña compañía!

PILAR. ¿Tú qué sabes?

ANA VICTORIA. ¿No?

PILAR. Es verdad; sabe más de lo que nos figuramos. La nena muchas veces se queda con «su extraña compañía»...

JULITA. ¡Pilar!...

PILAR. Y piensa y desea seguramente todo lo contrario de lo que dice luego, de lo que asegura a nuestro querido amigo...

JULITA. ¡Pilar!

PILAR. No te apures, mujer, que quizá pronto esté a nuestro lado. *(Pausa. Junto al balcón, lateral derecha.)* ¡Adiós, adiós!

CARLOS. ¿Quién es?

PILAR. Marita Raigada, que va a la Salve.

CARLOS. ¿Ustedes han ido alguna vez?

ANA VICTORIA. Sí.

PILAR y JULITA. Sí.

CARLOS. Es un ambiente sano y vibrante. La música entona los compases de un zorcico. Un sacerdote dirige desde el púlpito a la muchedumbre de fieles, que cantan a coro. Es verdaderamente hermoso.

ANA VICTORIA. Yo voy con frecuencia.

PILAR. Nosotras algunas veces, no todas las que quisiéramos. Hay tantos compromisos... Precisamente ese día, el te del Victoria. Y no se puede faltar. Va todo el mundo bien...

CARLOS. Sí, todo el mundo bien disciplinado a eso de la tiranía de las elegancias. ¡Cuántas personas de las que frecuentan esos salones, en lugar de sorber en pequeñas porciônes la taza dė leche apenas teñida por unas gôtas de te, tomarían cualquier cosa: una cerveza, un refresco! ¡Ah, pero es de mal tono! Y los pobrecitos se sacrifican.

ANA VICTORIA. Quizá sea verdad.

JULITA. *(Vivamente.)* Cierto. *(A su hermana.)* Tú, en casa, tomas el te con unas gotas de anisado.

CARLOS. *(Riéndose.)* ¡Y en los hoteles, no! ¡Muy gracioso!

Pilar. Francamente, no lo pide nadie, y yo...

Carlos. El próximo sábado la quito a usted la injustificada vergüenza. Pediré para los dos te y gotas de Cazalla. Así, como los castizos.

Pepito. *(Entrando. Vestirá chaquet negro y sombrero de copa.)* ¡Como los castizos! ¡Tú siempre en madrileñismo agudo! Buenas tardes, Pilar; hola, Julita; salud, querida hermana mía. A ti también te saludo, mi simpático Carlos.

Ana Victoria. ¡Vaya un hermanito! ¿Eh? A todo el mundo una frase, un cumplido...

Julita. Es un muchacho muy fino...

Carlos. Y que siente las finezas.

Julita. ¿Sentir? *(Riéndose.)* Yo creo que ni siente ni padece.

Pepito. Fijarse qué amiguita me han donado los dioses. Tiene la monomanía de elogiarme continuamente...

Ana Victoria. Justicia nada más.

Pilar. Oye, Pepito, ¿por qué dices los dioses? Emplea el singular y aciertas.

Pepito. ¡Oh, no! Siempre que me refiero a cosas bellas, invoco a los moradores del Olimpo; es una bonita costumbre, un home-

naje a la eterna belleza. Claro es que a veces, en lugar de referirme, por ejemplo, a Venus, diosa de la serena hermosura, recuerdo a Julita, diosa de todas las perfecciones, y, naturalmente, gano en el cambio.

JULITA. Eres un charlatán y un exagerado.

PEPITO. Reconocidísimo.

PILAR. ¿Agresiones? Vaya, poneos a un lado, solitos; hablad con calma.

JULITA. Yo no tengo que hablar nada...

CARLOS. Pues la verdad es que no se nota... *(Pequeña pausa.)*

PILAR. *(A Pepito.)* Ahora que me fijo, te veo todo enlutado.

PEPITO. Vengo de un entierro. Pensaba mudarme de ropa y salir en seguida a la calle.

ANA VICTORIA. Graves ocupaciones que tiene el pobrecillo.

PEPITO. Más de las que tú piensas, Ana Victoria. Pues bien, como decía, pensaba marcharme al momento; pero os he visto y, lo proclamo en alta voz, olvidé los quehaceres.

CARLOS. ¿Y qué entierro ha sido?

PEPITO. El de Emilio Montalva.

CARLOS. ¿Emilio Montalva? ¡Pobre muchacho! Creo que era muy simpático.

Pepito. Un infeliz que ha hecho vivir con todo lujo a muchísimas mujeres, para luego morirse él desesperado y pobre.

Pilar. No está bien que le critiques.

Ana Victoria. Para eso sirven los acompañamientos fúnebres: para hablar mal del difunto y lamentarse de la lentitud con que camina el cortejo.

Pepito. ¿Y cómo sabes eso?

Ana Victoria. Me lo dijiste tú muchas veces.

Carlos. Es cierto. La verdad que sólo una farsa cruel es esto de acompañar hasta la sepultura a una persona que jamás nos importó en vida, que no conocimos ni de sus alegrías ni de sus penas, y con la que no se cruzó más que un correcto apretón de manos y unas frases de cumplido. Los amigos, los íntimos, deben acompañarla, sí; deben ser partícipes del dolor de aquellos parientes que lo sientan; pero los otros, la numerosa legión de conocidos, debieran limitarse a dejar tarjeta, no manchar el justo dolor humano de esos momentos, en los que, mientras las campanas doblan, un cuerpo es cubierto por la tierra, sudario que conoce del misterio o de la verdad. *(Pequeña pausa.)*

(Marquesa y Mercedes, saliendo lateral derecha.)

MARQUESA. ¡Muy animados!

PILAR. Pepito, que nos ha tornado sentimentales.

MARQUESA. ¿Pepito? Si es el botarate más grande que conozco...

PEPITO. Gracias, mamá. No la haga usted caso, Mercedes... *(Saludándola.)*

CARLOS. *(Saludando a Mercedes.)* A Mercedes la mereces el mejor de los conceptos.

MERCEDES. Verdad.

(Colocación de los personajes:

Primer término derecha, Julita y Pepito, que habrán empezado a hojear un periódico ilustrado. Centro, de derecha a izquierda, Marquesa y Mercedes. Ana Victoria y Pilar, con Carlos, de pie, junto al balcón.)

CARLOS. ¡Qué hermoso horizonte! Ciertamente que la casa de ustedes está admirablemente situada.

MARQUESA. Se ve el mar perfectamente.

ANA VICTORIA. Yo paso muchos ratos sentada aquí mismo...

PILAR. *(Interrumpiendo.)* Pero, oye... ¿por ver el mar?

Ana Victoria. Sí, con los prismáticos de papá, que son un prodigio. *(Pausa. Los distintos grupos hablan animadamente.)*

Carlos. Es un poco tarde ya... Abandono a ustedes. Pilar, Ana Victoria... Adiós, marquesa. Julita, que se entretenga usted con este charlatán.

Marquesa. Adiós, Carlos; déjese ver con más frecuencia.

Pepito. Hasta luego, chico; dispensa que no te acompañe.

Carlos. No te molestes. *(Mutis.)*

Julita. ¿Ves? Te ha llamado charlatán.

Pepito. ¿Y qué? ¿Es algún insulto? El ha querido decir... Vamos... que tengo hasta cierta facilidad de palabra...

Julita. ¡Ya lo creo!

Pepito. ¿Preferirías que fuese uno de esos hombres graves y seriezotes que sólo de cuando en cuando se dignan hacer una frase? No, Julita; no; la vida debe ser más espontánea, más alegre; sentir y expresar: he aquí mi lema.

Julita. Si a lo menos dijeses siempre lo que sientes...

Ana Victoria. Ha entregado a mi don-

cella una carta; ya te la leeré. ¡Es más cariñosa!

PILAR. Me la figuro. Casi todas las cartas de enamorados vienen a ser lo mismo. Muy cómicas para todos, menos para los interesados, que son sentimentales.

ANA VICTORIA. Protesto. Los escritos de Rafael no pueden ser cómicos para nadie.

PILAR. Claro, un novelista tan renombrado, tan romántico... Dije mal, Ana Victoria: tu novio es una excepción.

ANA VICTORIA. ¿Leíste su último libro?

MERCEDES. Ya se la pasará, son los pocos años. También Pilar está un poco exaltada.

MARQUESA. Eso creo, ella misma ha de desengañarse.

MERCEDES. Sin duda alguna.

MARQUESA. Yo aun no la he indicado nada. Tengo miedo a que encuentre una oposición decidida, y sea esto un acicate más de su ilusión.

PEPITO. ¿Conque calabazas?

JULITA. Sí, calabazas, para que no presumas.

PEPITO. Si supieses, Julita, la devoción con que te hablo, el sincero entusiasmo...

JULITA. *(Interrumpiendo.)* Lo que a todas, lo mismo que a todas, me repites a mí. Es un disco muy gastado.

MARQUESA. Tomaremos el te, ya es hora.

PEPITO. Sí, merendaremos. ¡Tengo un apetito! *(Se levantan. Pepito, con cómica reverencia, ofrece el brazo a Julita.)*

MARQUESA. *(Dirigéndose a Pilar y a Ana Victoria.)* ¿Vamos?

ANA VICTORIA. Perdónanos, mamá; iremos luego.

MERCEDES. De secretillos, ¿eh?

PEPITO. De graves y profundos problemas, Mercedes. Estas nenas son muy seriecitas. *(Mutis todos, menos Pilar y Ana Victoria. Anochece.)*

PILAR. No mires tanto, mujer, que con eso no lograrás que venga antes.

ANA VICTORIA. Aun es pronto, falta algún tiempo para la hora acostumbrada.

PILAR. *(Cogiéndola cariñosamente las manos.)* Entonces ven aquí, sentémonos, y descansa; sujeta esos nervios inquietos... Créeme, los nervios no sirven sino para hacer sufrir.

ANA VICTORIA. También producen a ve-

ces la felicidad. Cuando aguardas impaciente cualquier cosa dichosa, una carta, por ejemplo, esperas, esperas, todas las veces que llaman crees que es el cartero, el papel amable lleno de palabras cariñosas. Sufres, sí, al ver que el tiempo es pesado, imperturbable a nuestros anhelos, indiferente al ardiente deseo de que llegue lo ambicionado. Pero al fin la carta es abierta apenas acariciada por las manos, y leída, leída, sí, de un modo rapidísimo primero, mientras el corazón vibra fuertemente; despacio después, saboreando el deleite de esas frases que son todo un porvenir... trabajo, un hogar, amor, un mutuo amor, que, por serlo, sueña siempre. ¡Oh los minutos de incertidumbre, de aguardar impaciente; los nervios, en fin, hacen más intenso el momento de alegría!

PILAR. Ilusionada estás, Ana Victoria.

ANA VICTORIA. ¿Y hago mal?

PILAR. No, preciosa, no; haces bien; ojalá pudiera yo hacer lo mismo.

ANA VICTORIA. Porque no querrás.

PILAR. No, chiquilla, no; porque no puedo, porque para sentir esa ilusión hace falta encontrar un hombre, como Rafael.

ANA VICTORIA. ¿Y tu novio?

Pilar. Mi novio es sencillamente un elegante. *(Pausa.)*

Ana Victoria. ¡Si supieras! Se precisa conciencia de mi propia fortaleza para seguir así con el porvenir rebosante de alegría, es cierto; pero con la certidumbre también de que para conseguirlo he de disfrazar muchas lágrimas con sonrisas, he de luchar hasta con mi misma familia, con mis padres mismos: ¡mira tú si es esto doloroso!

Pilar. ¿Con tus padres? Pero ¿tú crees que no has de convencerlos, que no has de conseguir de ellos el beneplácito de tu propia felicidad?

Ana Victoria. El corazón me dice que sí. Pero cuando interviene no más que el frío razonar, veo obstáculos insuperables... Mi apellido, el altivo boato de mi posición, el orgullo de los marqueses de Mogarba, y por otro lado la posición de mi Rafael, tan modesta; la simplicidad de su vida, que creó solamente un trabajo tenaz.

Pilar. Algo de eso es cierto, de una dolorosa y fatal realidad. Es la lucha eterna entre lo convencional y lo espontáneo, amor generoso, noble amor que no admite míseras fórmulas humanas, y una férrea obstinación

en defender frías tradiciones. Si las lágrimas de mujer que esta contienda hizo derramar abundantemente y que aromaron finos pañuelos bordados, bañaran el viejo armazón de las intransigencias, quizá que brotaran unas rojas flores como de sangre y de tormento; pero seguramente que las que luego naciesen serían blancas, que es color de paz y de amor y de ilusión.

ANA VICTORIA. *(Cogiendo el libro.)* Oye, él en estas palabras ardientes comete la hermosa locura de soñar. *(Leyendo.)* ...Y para ello sería preciso una mutua sinceridad amable y generosa. Destruir el orgullo... ¡Digna y valiente quimera! ¡Destruir el orgullo! Es decir, anular la vida que fué—conveniencias, míseras ambiciones, afán de medrar, egoísmos, bajezas—, y sobre las cenizas frías de la vida pasada crear otra nueva, amor de todos y entre todos, que de esta manera nos acercaríamos a la felicidad, y al ser más humanos seríamos más dignos.

PILAR. ¡Hermosa exaltación! A tu novio han de llamarle loco.

ANA VICTORIA. ¿Y qué mayor dicha para mí? Estar loco es ya estar enamorado. *(Pequeña pausa. Mira el reloj.)* Ya es la hora,

Pilar. Rafael estara esperándome. *(Se levanta, acercándose al balcón y mirando tras de los cristales.)* ¡Sí, sí, pasea impaciente!

Pilar. *(Mirando.)* El apuesto galán luce su gentileza.

Ana Victoria. Con tu permiso voy a asomarme.

Pilar. Y yo me voy.

Ana Victoria. ¡Tontita! ¿No tienes confianza conmigo? Espera aquí; yo vengo al momento y charlaremos, ¿quieres?

Pilar. La señorita será complacida. *(Se sienta y hojea un periódico. Ana Victoria abre el balcón y se asoma, desapareciendo a la vista del público. Larga pausa.)*

Pilar. ¿Estará realmente enamorada Ana Victoria? *(Pausa.)*

Ana Victoria. *(Cierra el balcón y se dirige a Pilar, muy contenta, con una carta en la mano.)* ¡Bésame, Pilar, bésame; soy la mujer más dichosa de la tierra!

Pilar. ¿Qué sucede?

Ana Victoria. Rafael me ha prometido hacerse presentar en casa. Dice que vencerá todas las dificultades, que cederán mis padres... ¡Estoy más contenta! *(Rompiendo el sobre.)* Leeré la carta que me ha dado; tenía

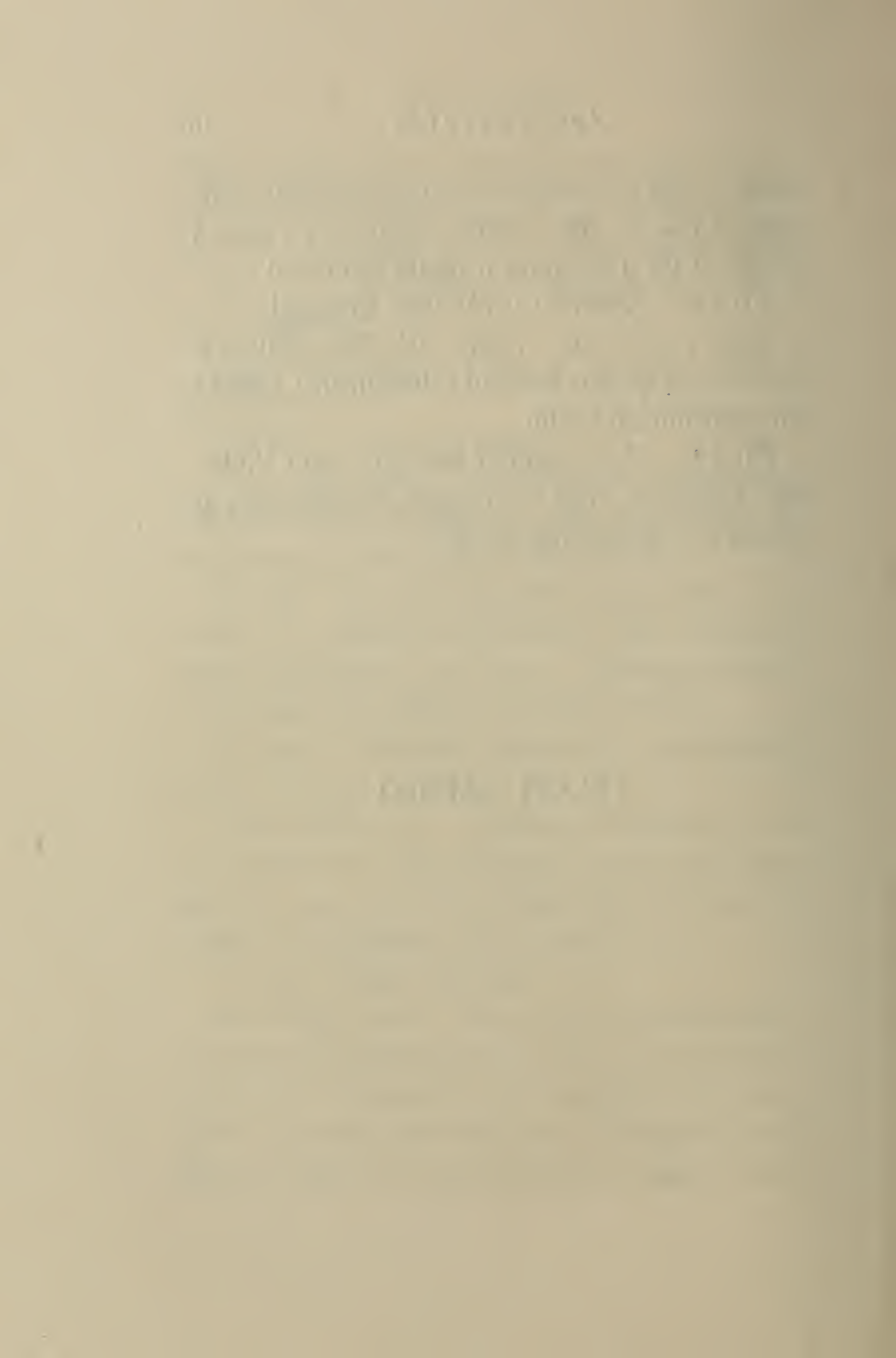
prisa, y por eso me ha escrito. *(Lee muy contenta.)* ¡Sí, sí, me quiere; me quiere como a nadie, y yo a él como a nadie también!

PILAR. *(Riendo.)* ¡Muchas gracias!

ANA VICTORIA. ¡Ten, preciosa, ten; a ti también te quiero mucho! *(Besándola.)* Serás mi madrina de boda.

PILAR. Y del primer bautizo, Ana Victoria. *(Ambas, muy contentas, se abrazan y besan cariñosísimamente.)*

TELÓN RÁPIDO



ACTO PRIMERO

Habitación en el palacio de los marqueses de Mogarba, en Madrid. Lateral derecha, galería de cristales, desde la que se verá un hermoso jardín.

Son las cinco de la tarde.

Marqués y Pepito. El primero, sentado lateral derecha. Pepito, de pie.

MARQUÉS. Sí, hijo mío, sí; ya no eres un chiquillo; debes comprender que el género de vida que llevas no es el más a propósito. *(Pequeña pausa.)* ¿Callas, no dices nada, no te defiendes? Menos mal que reconoces la razón.

PEPITO. La razón de cuatro chismosos, papá; de cuatro desocupados, que, como viven la desesperante vulgaridad de sus vidas, se ocupan de las de los demás.

MARQUÉS. Eres injusto. Sabes que estoy bien informado. Hasta yo mismo...

PEPITO. *(Interrumpiendo.)* Aquello fué una casualidad.

MARQUÉS. Que se repite con demasiada frecuencia.

PEPITO. Exageras quizá.

MARQUÉS. No, ya sabes que no. Mira, es preciso que cambies, que te formalices, que te justifiques ante la opinión de las gentes.

PEPITO. Jamás me preocupé de murmuraciones.

MARQUÉS. Pues hay que aceptarlas, no lo dudes. El prestigio nos lo da y nos lo quita la sociedad, el mundo en que nos movemos. Hay que acatar su fallo. *(Pequeña pausa.)* Pero ¡si es tan fácil! Todo consiste en guardar un poco de consideración a los que nos conocen, para que a su vez ellos nos la guarden a nosotros.

PEPITO. Y yo...

MARQUÉS. Y tú no te preocupaste nunca sino de tu capricho. El último sucedido lo demuestra claramente. En el coche de casa a merendar en Aranjuez con esa cancionista célebre por sus escándalos.

PEPITO. Y por su belleza.

MARQUÉS. Sus bellezas dirás, que yo las

reconozco, y que ella no se preocupa precisamente de ocultarlas. Te vieron muchos amigos de casa y de Mercedes. Figúrate cómo estará Julita.

PEPITO. ¡Pobrecilla!

MARQUÉS. Luego te extrañará que la muchacha no te acepte; serás capaz de jurarla por todo lo jurable que la quieres con delirio.

PEPITO. ¡Y la quiero, sí!

MARQUÉS. Pues no se nota, hijo mío. Ella, a lo menos, no ha de creerte.

PEPITO. Hará mal.

MARQUÉS. Hará bien, pues que no te corriges.

PEPITO. Exageras, papá; te repito que exageras.

MARQUÉS. Sí, efectivamente, la escena de la otra noche fué ciertamente ejemplar.

PEPITO. Habrán dicho cualquier cosa...

MARQUÉS. Verás. A mí me la contaron de este modo. *(Pequeña pausa.)* Después de los teatros, hacia las tres de la noche, había mucha animación en cierto restaurante de buen tono. Se bailaba y se bebía champagne. En una mesita, a tu lado, estaba una elegantísima mujer, según los gustos de ahora. Alta,

delgadísima, de estudiados movimientos perezosos. Pintarrajeada de lo lindo, muy rojos los labios, y en los ojos unas sombras de azul muy marcado. Te pusiste a bailar con ella. Un amigo tuyo se permitió la ligereza de no sé qué ironía, y tú le abofeteaste. Si no llega a intervenir nuestro querido Carlos, acaba el incidente en duelo.

PEPITO. *(Vehemente.)* ¡Como debía haber sido!

MARQUÉS. Pero ¿estás desquiciado, hijo mío? Por una degenerada despreciable, por una aventurera, tienes los más bellos desplantes. En cambio, si cualquier conocido te hubiese dicho una atrocidad de una pobre muchacha, de una señorita, te hubieses reído estrepitosamente. ¡Cuántas bondadosas mujercitas no encuentran un novio hombre, porque antes novios muñecos, inconscientes o ruines, lanzaron a todos los vientos la villana mentira de una concesión!

PEPITO. Eso es cierto, papá; yo...

MARQUÉS. No, hijo, no; ya sé que no eres de ésos. Es que te arrastra el ambiente; venció sobre ti. Y tú, que eres activo, no haces nada; y tú, que tienes un concepto cabal de la estética, llevas trajes con trabilla

y con doblados, y llamas elegantes a las mujeres que gastan puños y fuman medio tumbadas unos cigarrillos turcos; y tú, que eres caballero, permites las canallescas invenciones de unos villanos que caricaturizan a Don Juan, y, en cambio, abofeteas a quien se dirige a una pecadora, cocota, por suavizar la frase y darla además todo su valor, que también esto nos vino de fuera.

PEPITO. Es posible que tengas razón; yo ni aun quiero defenderme.

MARQUÉS. No serán ni mis reproches ni mis consejos los que te harán cambiar. Será tu misma vida cuando seas consciente de ella; cuando, por cualquier cosa que no se puede prever, te quedes a solas contigo mismo y de ti te avergüences.

PEPITO. ¡Avergonzarme!

MARQUÉS. Sí, hijo mío, sí; te parece muy dura la frase, ¿verdad? Pues reflexiona un momento y confiesa que es exacta. *(Pequeña pausa.)* Pero vamos a ver, ¿qué es lo que haces tú? Verás. Te levantas a las doce y media o a la una. Mientras te arreglas, la hora de almorzar. Después al casino; tu partida de bacará, de treinta y cuarenta o de póquer. Luego al estudio de cualquier amigo,

y si no de alegre excursión en automóvil. Las noches que cenas en casa, lo haces de prisa, deseoso de abandonarnos para ir a un teatro cualquiera y no ver la función, y después pasar unas horas entre mujeres fáciles y botellas de champagne. Esta es tu vida.

PEPITO. Papá, si te dedicases a policía, serías el asombro del mundo.

MARQUÉS. Bien; di, ¿te parece digna, siquiera razonable, esa vida de todos tus momentos?

PEPITO. Me aburro... No sé qué hacer... Luego los amigos...

MARQUÉS. ¿Te aburres? Porque quieres. Recuerda que, siguiendo mis deseos, empezaste una carrera libremente elegida por ti, la de militar. Pronto la abandonaste.

PEPITO. No pude admitir esa sujeción tan molesta; siempre a la orden de los demás.

MARQUÉS. Eso dijiste entonces, y yo permití que dejases los estudios. De ningún modo intenté desviar tus aptitudes. *(Pequeña pausa.)* Ingeniero, dijiste, ingeniero. Me entusiasman las obras gigantes; esos alardes del genio humano que no quieren ni pretenden vencer a la naturaleza, sino ser su com-

plemento. Y estudiaste el preparatorio, mejor dicho, la preparación del preparatorio, porque al poco tiempo pretextabas...

PEPITO. *(Interrumpiendo.)* La verdad, que me había equivocado; las Matemáticas no entraban en mi afición.

MARQUÉS. Y entonces aseguraste que el estudio de las leyes era tu ideal.

PEPITO. *(Avergonzado.)* También me equivoqué, papá, lo reconozco. Reconozco, sí, mi fracaso, absoluto, doloroso, porque también en él pereció la voluntad.

MARQUÉS. He ahí el secreto de todas las victorias: la voluntad. Y a tal extremo, que hombres de sentimientos no muy generosos, pero de severa conciencia, lleguen a ser buenos, trabajadores, y, en cambio, otros que llevan la bondad en la vida de sus almas, sean malos, germen de dolor y de vergüenza, porque el mal que oyen, y que ellos propalan por su debilidad, es el veneno que pudieron destruir con sólo un esfuerzo—¡¡quiero, quiero, sí!!—, y el bien alentaría en la sangre de sus venas.

PEPITO. Tienes razón, como siempre, como siempre. Procuraré corregirme; me corregiré, te lo prometo.

Marqués. Y entonces verás qué alegría la tuya; nada tan hermoso como encontrarnos dignos de nosotros mismos, para después poder rechazar gallardamente la maldad de los demás. *(Pequeña pausa.)* Escucha. *(Transición.)* Fué en mi juventud. Varios amigos y yo estábamos charlando en un pequeño salón de un Círculo. A nuestro lado había otra tertulia. De pronto oímos unas ruidosas carcajadas, que celebraban la narración que uno de los desconocidos había comenzado. Nos extrañó aquel inusitado alboroto. Y prestamos atención. El desconocido hablaba de una mujer. Pudimos darnos cuenta de que no se refería a una aventurera, sino a una señorita. El ridículo Don Juan dió toda clase de señales: nombre, domicilio, hasta la profesión del padre de la muchacha. «Logré salir con ella —aseguraba—una mañana en la que, en vez de ir a misa, se fué conmigo, a mi casa. Y allí...» Se extendió en prolijos detalles. Yo no pude resistir más. Un impulso vehemente me lanzó hacia él, hacia la cobardía de atacar una mujer sin defensa y cuyo honor estaba en lenguas de unos degenerados. Le abofeteé. Se cruzaron las tarjetas. A la mañana siguiente mi espada ensangrentó su

rostro despreciable. Y he aquí cómo supe batirme por una mujer desconocida.

PEPITO. ¿No la viste nunca?

MARQUÉS Sí; la casualidad nos unió pasado algún tiempo. Y entonces me alegré. Aquel canalla era uno que la requirió de amores, y como no fué correspondido, quiso vengarse.

(Ana Victoria, Pilar, Julita y Carlos saliendo lateral derecha.)

PILAR. No, no, protesto.

CARLOS. Es en vano, ganamos a las hermanitas.

MARQUÉS. Y eso que se dan tanto tono. Dicen que son invencibles.

JULITA. Y lo somos. Al tennis no nos gana nadie.

ANA VICTORIA. Pues nosotros...

PILAR. Sí, haciendo trampa.

PEPITO. Lo creo.

CARLOS. ¿Cómo?

PEPITO. *(Con cómica gravedad.)* ¡Que lo creo he dicho; sostengo la frase, señor mío!

CARLOS. *(Parodiándole.)* ¡Mentis!

ANA VICTORIA. *(Riéndose.)* ¡Bah! No es su primera mentira...

PEPITO. Gracias.

MARQUÉS. No hay de qué.

PEPITO. ¿Por qué dices eso?

MARQUÉS. Contesto por tu hermana...

CARLOS. Bueno, lo indudable es que os hemos puesto en franca derrota. ¡Por diez tantos!

PILAR. ¡La revancha ahora mismo!...

JULITA. ¡Sí, sí!

PEPITO. Calma, nenas; otro día, yo también jugaré.

ANA VICTORIA. ¿Y tu pareja?

MARQUÉS. Cualquier chica guapa.

PEPITO. Isabel Celmar, por ejemplo.

JULITA. Buen gusto al escoger.

PEPITO. Ya sabes que buen gusto lo tuve siempre.

JULITA. Verdad. Y a veces inútilmente...

PEPITO. No fué mía la culpa...

MARQUÉS. Qué bien dispara Julita, ¿eh? Es una enamorada de la intención...

PEPITO. No lo creas, papá; Julita no es ni será jamás enamorada de nadie ni de nada. Es simplemente una muñeca.

MARQUESA. *(Entrando lateral izquierda.)* ¿Queréis venir con nosotros al concierto de esta noche? *(Dirigiéndose a Pilar.)*

PILAR. Bueno.

MARQUESA. Entonces avisaremos a vuestra casa. *(Llamando en un timbre.)*

(Criado lateral derecha.)

MARQUESA. Telefonas a casa de las señoritas, que comen con nosotros y que luego iremos al concierto del Español.

CRIADO. Bien. *(Mutis.)*

MARQUÉS. Es un bonito programa. Beethoven, Wagner, Chapí el españolísimo.

CARLOS. Ciertamente. Su música es española. Y como nos tienen siempre acostumbrados a creaciones extranjeras, agrada oír algo nuestro, algo que es de ambiente conocido, quizá el vibrar de muchos instantes de nuestras vidas.

PEPITO. ¡Viva el caballero de lo español!

MARQUÉS. Hace bien en defender lo suyo, en sacudir esa inconsciencia que nos hace alabar lo extraño y arrinconar lo propio.

MARQUESA. Además se estrenará un número de autor aún desconocido.

ANA VICTORIA. Un poema descriptivo.

PILAR. ¿Música descriptiva?

ANA VICTORIA. El asunto es muy bonito. Ambiente vasco, serenidad, ritmo, tradición, un paisaje hermoso.

PILAR. *(Riéndose.)* Pero ¿ustedes creen de verdad, posible, que la música nos haga ver una campiña, sentir una idea, amar un amor?

CARLOS. ¿Por qué no?

MARQUÉS. Desde luego. La emoción, la belleza, la verdad, son sensaciones abstractas. Llegan a nosotros sin palabras, llegan ellas mismas. Pues si el músico las da vida, ¿por qué no comprenderlas?

CARLOS. Además, ¿la palabra no es un sonido? Pues el musical debe también ser interpretado por nosotros.

PILAR. Por los artistas.

CARLOS. Todos lo somos. El arte es universal. Lo que sucede es que unos lo son toda su vida, los menos, y otros una parte de sus vidas, unos instantes quizá, en los que por sentir una noble ilusión, un deseo vehemente de soñar, sin saberlo ellos mismos, se elevan al ideal. Los besos de la mujer más vulgar, más materialista, al hijo de su amor, decid: ¿no son poesía?

CRIADO. *(Anunciando.)* Su excelencia el señor duque de Caris.

DUQUE. *(Entrando.)* ¡Oh, animada la reunión! *(Saluda cariñosamente; es íntimo de la casa.)*

PEPITO. Ciertamente, sólo nos faltaba usted.

DUQUE. *(A Pilar y Julita.)* A su mamá he visto en la Castellana.

PILAR. Sola, ¿verdad?

DUQUE. Sí.

PILAR. Papá no puede acompañarla nunca.

JULITA. Yo no me lo he podido explicar jamás. Papá no tiene que hacer nada, y, sin embargo, siempre se halla muy ocupado. *(Pequeña pausa.)*

MARQUÉS. *(Al duque.)* ¿Qué tal de trabajo?

DUQUÉ. Mucho, mucho. En los doce años que llevo como agregado a mi Embajada, cerca del rey de España, no trabajé como ahora. Ya ven ustedes, los únicos momentos libres estoy a su lado. Los demás, laborando sin descanso.

JULITA. Papá dice que la situación es apurada.

PEPITO. Es la creencia general.

DUQUE. La realidad.

MARQUÉS. Una maldita locura arrastra a los humanos. Y así, son como fieras que se destrozan.

ANA VICTORIA. Al olvidarse de Dios, dejaron de ser hombres.

DUQUE. No, Ana Victoria; no. Se lucha por la dignificación universal, por humanizar los conflictos entre pueblos; por que llegue un día en el que las diferencias se solucionen pacíficamente, por un tribunal. Y así, los que entregan su vida generosa son héroes de un futuro amor mutuo, nuevo corazón del Universo.

MARQUÉS. ¿A qué atormentarnos en averiguar la verdad? Alberto es, como yo, un poco escéptico, y, sin embargo, los dos aceptamos esa hermosa ilusión, que es como la justificación de las conciencias.

DUQUE. Por conseguirla, luchan millones de hombres; el dolor espanta al Universo. Y he aquí la sublime paradoja: por lograr la pacífica solución de los conflictos, muchedumbres de humanos se destruyen mutuamente. El amor que nacerá irá tinto en sangre.

MARQUÉS. Y en egoísmos, en bajas ambiciones. No; no nacerá así el latido redentor. Humildad, y quizá que un esfuerzo viril que destruya las falsas concepciones de autoridad y de imperio. Las muchedumbres tienen alma infantil, y una completa ausencia de orientación. Mata, la dicen, y mata. Es por el honor, la aseguran, y, sin compren-

derlo, lo cree; y la muchedumbre inconsciente se siente poseída por la emoción cuando la hablan de fe, de valor, de patria. Pero de su docilidad surge, a veces, un genio fuerte, un hombre que lleva en la voz el prodigio de la sugestión. Si busca no más que su propio medro, es un aventurero, un revolucionario criminal. Pero si la luz de la verdad arde en su frente; si ama al pueblo y desea su liberación; si el concepto del honor, de la fe, de la patria, está por encima de torpes convencionalismos... ¡¡Ah, entonces será el símbolo, será el redentor!!

DUQUE. Yo así lo deseo. La fuerza repugna a mis sentimientos más firmes. *(Pausa.)*

JULITA. La verdad, después de oír lo que ustedes han dicho, no me atrevo a hablar. Pero es que Carlos nos había prometido un concierto y...

CARLOS. *(Interrumpiendo.)* Estoy a la disposición de todos.

MARQUÉS. Sí, mejor es. Yo, hablando de la guerra, me exalto un poco. Vamos ahora a aplaudirle.

CARLOS. Sí, sí...

MARQUESA. Vamos.

PILAR. Nosotras, luego; yo quisiera charlar un poco con Ana Victoria.

PEPITO. ¿De verdad? ¡Qué cosa más rara! *(Mutis todos lateral derecha menos Ana Victoria y Pilar. Pausa.)*

PILAR. Tu padre es todo corazón. Tiene, además, la valentía de sus propias convicciones.

ANA VICTORIA. Jamás se calla nada de lo que piensa. Es un poeta del amor entre todos, que es la paz y es la ventura. Es algo extremado en sus creencias, ¿verdad? Sus amigos le llaman Mogarba el socialista.

PILAR. *(Riéndose.)* ¿De veras?

ANA VICTORIA. A él no le hace gracia tal apodo. Dice que no es justo, ni siquiera ingenioso. Que la mayoría de sus amigos son unos desgraciados sin corazón, que no comprenden ni aman al pueblo, y que más que un movimiento social les interesa un caballo de carreras o un perro de caza.

PILAR. Y yo creo que tiene razón. Es muy triste; pero hay muchos que se ocupan más de caprichos secundarios que del dolor de los necesitados. Hace falta caridad en la vida. Sin ella parece que debe faltar el alma.

ANA VICTORIA. Así asegura Alberto.

PILAR. El duque de Caris es un hombre noble y generoso; te hará feliz; mejor dicho, os haréis felices.

ANA VICTORIA. ¿Y no me equivocaré como entonces?

PILAR. Imposible.

ANA VICTORIA. Ciertamente. En aquella ocasión me enamoré de algo que yo me figuraba, de un ideal que creí vivido en Rafael. Sus cartas también me hacían forjar esperanzas. ¡Eran tan delicadas, de una pasión tan noble y tan humana! Pero luego... No se me olvidará nunca. *(Pequeña pausa. Transición.)* Aquella tarde pudimos por fin hablar. Era, en realidad, nuestra primera entrevista.

PILAR. En el Retiro, con madame, Julita y yo.

ANA VICTORIA. Empecé encantada, como una niña. Mas al poco rato... No sé... Algo extraño y desagradable me dominaba. Hasta el sonido de su voz, que desde el balcón me parecía tan grata, me molestaba entonces. Él hablaba de prisa, de no sé qué absurdos matices. Los giros rebuscados de su discurso expresaban un amor completamente opuesto al que yo adoraba e incluso al descrito en sus misivas. Me desorienté al principio, para aca-

bar desilusionada, totalmente desilusionada. ¡No había grandeza en sus pensamientos! Era el suyo un cariño vulgar y, para mí, absurdo...

PILAR. ¡Cuánto lloraste!

ANA VICTORIA. Verdad. Lloré mucho, y no por él, puesto que no le amaba. Esto parece un contrasentido y, sin embargo, nada más lógico. Era el Rafael imaginado el dueño de mi amor, no el verdadero, que se me presentó vulgar, egoísta... ¡sin alma! Yo sentía un ideal, un fuego santo de espiritual grandeza; y él me hablaba de mi hermosura, de sus impaciencias... ¡Oh, el ídolo se derrumbó en unos instantes!

PILAR. Ciertamente. Aquella misma noche le enviaste sus cartas, sus recuerdos, hasta sus libros.

ANA VICTORIA. ¿Para qué los quería? *(Pausa.)* ¡Qué días más tristes después! Porque yo pensé ser imposible hallar el hombre imaginado.

PILAR. Ya ves cómo te equivocaste.

ANA VICTORIA. Verdad. Alberto es bueno, generoso, artista de alma, que es donde radica la verdadera belleza; enamorado de mí hasta lo imposible...

PILAR. Antes de ser novios te lo predije.

ANA VICTORIA. Sí, sí, es verdad. Alberto, amigo de papá, merced a la tertulia política, fué un día presentado en casa. Me chocó su trato exquisito, amable, pero de una seriedad excesiva. No era como todos; no cultivaba el chiste. *(Pequeña pausa.)* Una noche se sentó a nuestra mesa, a mi lado. Habló entusiastamente de elevados temas de ideal y amor. En sus palabras vibraba la bondad de los elegidos. Luego, en la despedida, como contestación a una frase mía de etiqueta, contestó: «Ana Victoria, ¿será no más que un cumplido?» ¡Qué tontería! ¿Verdad? Pues lo cierto es que tardé mucho tiempo en dormir aquella noche...

PILAR. Y a poco...

ANA VICTORIA. Me hacía el amor de un modo franco. Quise hacerle esperar bastante; tú bien lo sabes. Quería estar plenamente convencida de su amor y de mi amor.

PILAR. Y estás muy contenta, ¿verdad?

ANA VICTORIA. Mucho. En los seis meses que llevamos de relaciones nos hemos compenetrado de tal forma, que no hay ya sino una sola voluntad, un solo anhelo, diríase que un solo corazón.

PILAR. *(Besándola.)* Y una sola felicidad, preciosa.

CRIADO. *(Lateral izquierda.)* Don Alfonso Ceballos desea hablar por teléfono con la señorita Pilar.

PILAR. ¡Qué oportuno! *(Al criado.)* Bien. *(Mutis criado.)*

ANA VICTORIA. ¡Por Dios! Pero ¿es que te molesta que te llame tu novio?

PILAR. No... pero... en fin, allá voy. Perdona si tardo un poco... ¿eh, preciosa? Alfonso se suele poner muy pesado.

ANA VICTORIA. ¡Bah! No tengas prisa: yo te espero en el salón, con todos.

PILAR. Claro es que yo procuraré acabar cuanto antes... *(Mutis.)*

(Ana Victoria coge unas flores, entre varias que habrá en una cacharra de Talavera, y se las prende en el pecho. En seguida va a salir por lateral derecha. En ese momento se encuentra con Alberto, que entra.)

DUQUE. ¡Ana Victoria!

ANA VICTORIA. Iba al salón.

DUQUE. Y yo a verte, a hablar a solas contigo. ¿Te molesta?

ANA VICTORIA. No, Alberto, no; me alegra.

DUQUE. ¡Estamos a solas tan pocas veces! *(Pausa. Se sientan.)* Así, mi bien, así. Mírame fija a los ojos. Dime, Ana Victoria, ¿por qué tendré esta obsesión de mirarte siempre de esta manera?

ANA VICTORIA. Ese es un afán mío también, Alberto. Y es que los ojos no engañan nunca. Expresan además muchas veces lo que no se acierta a decir en palabras. Por eso, quien aprenda a leer en ellos habrá aprendido a contemplar el alma de la vida.

DUQUE. Cierto. Porque la vida siempre es amor, y los odios, y las ambiciones, y los egoísmos, no son sino un amor que excluye a todos los demás.

ANA VICTORIA. ¿Y el nuestro?

DUQUE. ¿Recuerdas la frase del poeta? Pues bien: el nuestro es el amor de los amores. Porque él los suma todos; porque a tu anhelo noble de fraternidad y de ventura entre los hombres responde mi corazón; porque yo te quiero en cuanto tienes de mujer y de símbolo; sí, símbolo brillante de todas las perfecciones, ansia renovadora de inmutables sencilleces, fe, candor, ideal. ¡Oh, Ana Victoria, eres la diosa de mis sueños!

ANA VICTORIA. Un cariño fuerte vibra

en los pechos, triunfa. Nos queremos por nosotros mismos, prescindiendo de fórmulas, de convencionalismos, de mentiras, que a fuerza de repetirse tanto tiempo, llegaron para la sociedad a ser verdades. Fe, confianza absoluta... ¡Qué hermoso es en amor ser creyente!

DUQUE. Nadie puede profanar la serenidad de nuestro poema. Cuando alguien me habla de ti, no le escucho. ¡Qué pueden decirme que yo no sepa!

ANA VICTORIA. En nosotros se realiza la quimera. Porque tal es que dos novios se digan siempre, siempre, lo que piensan, ¿verdad?

DUQUE. Nadie lo hace. Y es muy doloroso que las palabras de pasión lleven su análisis, su cálculo, como el resultado de una operación de matemáticas.

ANA VICTORIA. Seremos felices, muy felices.

DUQUE. ¡Oh, sí! Ya verás. Juntos a todas partes, ilusionados como ahora, como siempre.

ANA VICTORIA. ¿No te cansarás nunca, nunca?

DUQUE. ¿Y tú?

ANA VICTORIA. ¡Alberto!

DUQUE. Pregúntamelo muchas veces. Yo te contestaré entusiasmado. Y es que el amor es siempre infantil. Mira, un niño que tiene un juguete preciado, lo coge, lo acaricia y, apretándolo contra su pecho, exclama: «¡Es mío, es mío!» Pues bien: aprieta contra tu corazón la ilusión de mi cariño, que ella sólo es la razón de mi vida.

ANA VICTORIA. ¡Qué alegría la nuestra! Además todo nos anima: tus padres, los míos.

DUQUE. Ya leíste su última carta. Están entusiasmados con tus retratos. Y deseando verte, besarte.

ANA VICTORIA. Y yo a ellos.

DUQUE. En cuanto acabe la guerra saldremos para mi país. Y allí a convencerles, ¿verdad?, a ver si podemos conseguir lo que planeamos tantas veces.

ANA VICTORIA. Traerlos con nosotros, sí; a vivir con nosotros para siempre. España les gustará.

DUQUE. ¡Oh, sobre todo a mi padre! Es un enamorado del arte; y vuestra patria, para él, es la elegida de Dios.

ANA VICTORIA. *(Muy contenta.)* ¡Sí, sí,

todos juntos, qué alegría! *(Pequeña pausa. Transición.)* Mas... ¿y si la guerra se complica, si tu país entra en la contienda?...

DUQUE. No temas.

ANA VICTORIA. Tendrías que marchar, ¿verdad? Tu puesto de agregado militar en la embajada ¿te obligaría a ello?

DUQUE. No, Ana Victoria, no; te repito que no es probable.

ANA VICTORIA. ¡Ah, yo iría contigo!

DUQUE. ¡Ana Victoria!

ANA VICTORIA. ¡Sí, Alberto, sí; iría contigo!

DUQUE. No será preciso. Parece que al fin la razón se impone. Los pueblos en guerra saben que, de continuarla por largo tiempo, todos serían vencidos, arruinados, hechos campos de escombros los campos fértiles, ¡muerte en la tierra generosa donde debe nacer la vida!

ANA VICTORIA. Plegarias de amor son elevadas a los cielos por que llegue la paz.

DUQUE. Y también por que siga la guerra. Oye. Es algo monstruoso, absurdo. Yo he visto en un periódico de gran circulación, y en su primera plana, una fotografía. Esta reproducía la siguiente escena: un príncipe de

la Iglesia bendecía un gigantesco cañón... ¿Comprendes, Ana Victoria? ¿Puede admitirse que Dios bendiga una máquina de destrucción, Él, que declaró hermanos a los nacidos?

ANA VICTORIA. No, no. El sacerdote puede bendecir una bandera, que es símbolo de amor; no un cañón, que es muerte terrible, miembros destrozados, y lejos unas lágrimas de mujer que besa a sus hijos, solos, abandonados; mujer que no acata ciertos aspectos del deber, quizá que por comprenderlo demasiado.

DUQUE. Nos olvidamôs de todo. Y así, la religión no es para muchos corazones néctar que conforte, sino para los sentidos, palabras que han de repetirse todos los días en una oración que no se siente.

ANA VICTORIA. Si amásemos a Dios, la humanidad no se destrozaría. *(Pequeña pausa.)*

DUQUE. Mira, Ana Victoria: la luz de este día que ya muere, baña en dulzura el alma de las cosas. Se sienten nobles anhelos de fraternidad, de amor. Acariciar dulcemente a la amada sus manos, su frente. Mirar lejos, y sentir como un fuerte impulso de ju-

ventud y poesía. Si no se combatiese, en los campos, a esta hora encantada, parejas felices soñarían, soñarían... Y un beso fuerte sería el triunfo de la vida. Pero los campos están desiertos de juventud. Mujeres tan sólo y viejos. Ellas lloran, suspiran y esperan. Y una infinita tristeza es toda su existencia. *(Se oirán unas campanadas.)*

ANA VICTORIA. El *Angelus*. He ahí la voz divina que los hombres no escuchan. Lo olvidado.

DUQUE. Lo escarnecido por todos.

ANA VICTORIA. Señor, piedad en su corazón, luz en su inteligencia, generosidad en su ánimo. Los hombres te olvidaron. Mas las mujeres demandan tu piedad... ¡Dios te salve, María!...

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

Estarán en escena Ana Victoria, Pilar, Julita y Pepito. La primera mostrará un blanco vestido de novia.

PILAR. Muy bien; te sentará admirablemente. Esas flores prendidas como al descuido han de dar una nota elegante y delicada.

PEPITO. Como habréis observado, mi hermanita tiene un gusto selecto... bueno, ella y sus consejeros, hay que decir la verdad.

ANA VICTORIA. Mirad y qué tonto se pone... Como la modista no me haga los trajes a mi gusto, tú partes la mitad de la culpa.

JULITA. ¿Eres tú el que hiciste el descubrimiento?

PEPITO. Yo, Julita, yo, que me atrevo a asegurar que madame Juliete es una artista

de la tijera; posee el secreto de la línea.

PILAR. ¿Jutiete? Francesa, claro está.

ANA VICTORIA. Eso parece; pero es española, hasta creo que madrileña.

PEPITO. Justo, del castizo barrio de Embajadores. Mas como llegó arriba, a la cumbre de la modistería, he aquí que la madrileñísima Julia decide por afrancesarse.

PILAR. Caprichos.

PEPITO. Conveniencias.

ANA VICTORIA. Sí; la gente cree que llamándose Juliete ha de tener mejor gusto. Suena a París, de donde nos traen los figurines.

JULITA. Y además es moda que las modistas se anuncien no más que con el nombre.

PILAR. Cuestión de fonética.

PEPITO. Y de irreflexión en quien la aplaude.

ANA VICTORIA. Claro es, la moda requiere una obediencia absoluta.

PEPITO. Una completa subordinación de todo, hasta de las costumbres. Y así sucede, por ejemplo, con la moral, que no es ciencia o deber independiente e inmutable, sino una especie de elemento elástico que se adapta

PEDRO CABALLERO

SOR MARÍA DE LA CRUZ

NOVELA

DOS pesetas.

Imprenta Clásica Española.—Madrid

completamente a las creaciones de un árbitro de la danza o de un tirano del vestir.

JULITA. Algo de exageración.

PEPITO. Se ha repetido incontables veces; la cuestión de los descotes es una tiranía absurda y grotesca. Yo, por ejemplo, tengo relaciones con una muchachita. Pues bien: mi novia irá a las reuniones de sociedad descotada discretamente, con un descote *vierge*, como se dice ahora. Pero me caso, y, ¡horror!, si quiero ser un hombre elegante, de buen tono, no adquirir fama de anticuado y ridículo, he de llevar a mi mujer con un amplísimo descote, los brazos completamente desnudos, media espalda, y lo mismo el pecho... Si en contra del ambiente quiero saber el porqué de tal hábito, me contestarán: ¡Ah!, las señoras casadas pueden y deben ir ampliamente descotadas; el marido que a ello se oponga es un tirano.

PILAR. Y tú, ¿qué piensas?

PEPITO. Que, cuando vaya al matrimonio, me veré convertido en un tirano horrible.

JULITA. ¡Pobrecita mujer!

PEPITO. Como yo no tenga más que ese defecto, estará encantada. Y es que sobre costumbres nuevas, sobre el artificialismo de

modas más o menos absurdas, triunfa siempre la naturaleza. Y así como a la amada no puede gustarla nunca que él pase el tiempo diciendo galanterías a otras mujeres, también la agrada que el hombre por quien siente amor sea guardador amable y cariñoso de su ternura y de sus bellezas, porque nada entusiasma a una mujer bondadosa y enamorada como el deseo decidido de que nadie pueda profanar el santo y humano misterio del amor, contemplar la carne que se besó tantas veces, y que debe recatar feliz la huella ideal de las caricias.

ANA VICTORIA. Yo creo sencillamente que así piensan la mayoría de las mujeres.

JULITA. Es verdad, pero como no pasa lo mismo respecto de los hombres...

PEPITO. *(Interrumpiendo.)* Ustedes se ven en la necesidad de contrariar sus pensamientos, ¿verdad?

PILAR. No lo digas con ironía...

PEPITO. ¿Ironía?... No sé de esas elegancias. La ironía es don de los pesimistas y de los desengañados, burla dolorosa y trágica, que quiere parecer frívola, y que esgrimen los que no creen en el optimismo. Dije

la frase en otro sentido; voy a explicarlo. *(Pequeña pausa. Transición.)* La mujer pone todo su empeño en agradar al hombre, esto es indudable. ¿Os sonreís? Pues bien, ahí van pruebas. Al mirarse al espejo, arreglando los últimos detalles del peinado, del vestido, poco antes de ir a un teatro o a una reunión, ¿podéis asegurar, mis lindas señoritas, que no sonreísteis contentas al miraros, al saber que le agradaríais?... ¡Bah!... En el espejo que reflejaba vuestra sonrisa había dos ideales: el de la carita femenina, por una parte, y por otra, muy juntito, un semblante varonil... ¿Eh?... Y hasta puedo aseguraros que sonreía también; ante el recuerdo de una mujer bonita, la sonrisa es como una flor que se la ofrece.

JULITA. ¡Qué poético es este muchacho!

PEPITO. ¿Tú, qué creías, Julita? Yo también tengo corazón.

JULITA. ¿De veras? Pensaba que ya no te pertenecía. Se cuentan por ahí tantas cosas...

PEPITO. ¡Julita, Julita! No seas así, no creas a esa gentecilla. La murmuración es el placer de los desocupados.

PILAR. Y de los maliciosos.

PEPITO. Ni a unos ni a otros hay que hacerles caso.

JULITA. ¿Y cómo distinguirles?

PEPITO. Muy sencillamente: por su sinceridad. Las amigas que más te besuqueen, que más aseguren quererte, las más zalameras, son las peores. Esto pasa constantemente en la vida. Cuando nos moleste un consejo, una advertencia; cuando nos hablen sin frías fórmulas cortesanas, y sí con franqueza, prestemos atención, correspondamos al que nos aprecia. Y si su sinceridad es brusca, si nos lastima, respondamos con cariño a su nobleza, pensemos que él también sufre al vernos sufrir, y si empleó la brusquedad dolorosa, fué por querernos, sí, por querernos; que de haber sido uno de esos, de los hipócritas que nos odian, nos hubiese dicho: «sigue, sigue así; qué talento, qué bondad», y las palabras que nos halagaban, serían quizá las causantes de nuestra desventura.

PILAR. ¡Sinceridad! Es la más noble cualidad de los humanos.

PEPITO. A medida que los tiempos avanzan, va siendo más rara, más extraña; y es que la vida, cuanto más moderna, más men-

tirosa, más falsa. La civilización es una gran verdad que alberga infinitas mentiras.

JULITA. Y tú una gran mentira que esconde muy poquitas verdades... Te estropeé la frase, señor charlatán... *(Riendo.)*

PILAR. Ya hasta casi le insulta... señal que...

JULITA. *(Interrumpiendo.)* ¿Señal de qué, Pilar? Eres una maliciosa, y eso es muy feo.

ANA VICTORIA. Recuerda lo que dijimos antes... las personas sinceras...

JULITA. *(Interrumpiendo.)* Es que ella no puede hablar de sinceridad.

PEPITO. ¿Y yo?

JULITA. Tú menos, mucho menos.

PEPITO. Agradecidísimo... *(Pequeña pausa. Transición.)* Situación tirante, casi dramática. Esta Julita es una infeliz. Eres una infeliz, Julita.

JULITA. Y tú un descarado.

PILAR. ¿Has visto qué atrevimiento? Un muchacho que apenas le conoces, un muchacho que no te gusta nada, que no te interesó jamás.

JULITA. ¡Pilar!

ANA VICTORIA. Sí, mujer, sí; no seas tonta, insúltale.

PEPITO. Me insultará en el jardín; precisamente tengo ganas de que nos peleemos... Señorita Julia, ¿tiene usted la amabilidad de acompañarme? La voy a desagraviar regalándola unas flores, las que usted elija... *(Julita duda, sin atreverse a levantarse.)*

ANA VICTORIA. Anda, mujer; tu hermana y yo os esperamos aquí.

JULITA. Bueno... Por complacerte... *(Mutis con Pepito, foro.)*

ANA VICTORIA. Es una chiquilla.

PILAR. Está deseando entrar en relaciones con tu hermano, y, sin embargo, le calabacea a diario. ¡Es más extraña! Cuando sabe que va a verle se pone muy contenta, hasta salta como una niña; pues bien, le habla y le dice que nones. Luego, en cuanto llegamos a casa, se mete en su cuarto y se pone a llorar.

ANA VICTORIA. El también la quiere, estoy segura. Aunque es cierto que no para un momento en casa, espera siempre que vais a venir vosotras. Se querrán mucho, ya lo verás.

PILAR. Yo así lo espero. *(Pausa.)*

ANA VICTORIA. ¿Y tu novio?

PILAR. Le llamas así por llamarle de algún modo, ¿verdad?

ANA VICTORIA. No, chiquilla; no...

PILAR. *(Interrumpiendo.)* Es un caso extraño. Dos años ya de relaciones, y, sin embargo, ni yo le quiero a él, ni él a mí tampoco.

ANA VICTORIA. ¡Pilar!

PILAR. Empezamos como empiezan muchos. Le conocí en las carreras. Me miraba insistentemente. Me fijé en él. Llevaba un traje bien cortado, era distinguido. A los pocos días la presentación. Muy amable el muchacho. Hablaba indiferentemente de todo, con una despreocupacion artificiosa. Las amigas me dijeron que era un buen chico, formal, de brillante posición... Mis padres le acogieron gustosos. Y un día, un día cualquiera, no recuerdo cuál, fuí su novia.

ANA VICTORIA. Y hasta ahora, porque no habéis tenido un disgusto.

PILAR. Es imposible discutir con él. Todo le parece bien. No tiene opinión formada acerca de nada. Por ejemplo: al principio creí natural dejar de bailar, y cuando esperaba que él me expresase su satisfacción, comentó: ¡qué cosa más rara! ¿Por qué no bailas?

ANA VICTORIA. Y tú, ¿qué le contestaste?

PILAR. Nada, nada. Empecé a bailar con Carlos, que pasó a nuestro lado. Después, al pensarlo, me puse muy triste, porque yo necesito que se me dirija, yo quiero un novio, oír palabras apasionadas, duras a veces, que hagan sufrir si es preciso, que hagan pensar, y no esa letanía insoportable de finezas y cumplidos.

ANA VICTORIA. Tienes razón.

PILAR. Nuestros coloquios, nuestras cartas, son de una correcta frialdad.

ANA VICTORIA. Pero ¿de verdad no le quieres?

PILAR. No, Ana Victoria; no. Me es completamente indiferente.

ANA VICTORIA. Mas entonces, ¿por qué no acabas con él?

PILAR. ¡Qué sé yo! Por pereza. Además, por la opinión de la gente. Él se porta irreprochablemente conmigo; no va a ningún sitio donde yo no vaya... Son dos años de relaciones... Si yo le abandonase, me criticarían duramente; hasta tendría fuertes disgustos con mis padres.

ANA VICTORIA. Pero vas al sacrificio...

PILAR. No, al sacrificio, no; con él no seré dichosa, es cierto; pero tampoco desgraciada. Nos casaremos como muchos: porque sí, porque hay que casarse; pero sin ilusión.

ANA VICTORIA. Pero ¡eso es horrible!

PILAR. Seguramente. Por eso no lo pienso nunca. Es un gesto de muy buen tono éste de la despreocupación...

ANA VICTORIA. ¿Y él?

PILAR. Dedicado a sus perros, a sus caballos de carreras... Ahora se muestra muy disgustado.

ANA VICTORIA. ¿Por qué?

PILAR. ¡Ah! Con la guerra es muy difícil traer nada del extranjero, y su sastre de Londres no ha podido enviarle los últimos trajes... *(Pausa. Transición.)* Pero hablemos de ti, preciosa; de la futura duquesa de Caris.

ANA VICTORIA. Me parece un sueño.

PILAR. Y es una bella realidad, que ha de verificarse muy pronto.

ANA VICTORIA. Dios lo quiera.

PILAR. Pero ¿aun lo dudas?

ANA VICTORIA. Temo lo de siempre...

PILAR. No, ya viste la última vez: todo parecía tan grave, se creía inminente la rup-

tura, y, sin embargo, se arregló. El país de tu novio sigue gozando de la paz.

ANA VICTORIA. ¿Y se mantendrá en la misma situación?

PILAR. Si, chiquilla; sí; como nosotros, por voluntad unánime del pueblo.

ANA VICTORIA. Aun recuerdo lo que decían los periódicos de la manifestación gigantesca.

PILAR. Os casaréis en la fecha fijada: dentro de quince días. ¡Qué guapísima vas a estar de blanco, tan sencilla, tan airosa! *(Besándola.)* ¡Ten, preciosa; ten!

(Marquesa y marqués entrando lateral derecha.)

MARQUESA. ¡Escena sentimental!

MARQUÉS. ¿Para mí no hay nada?

ANA VICTORIA. Sí, papá; sí. *(Besa a sus padres.)*

MARQUESA. *(A Pilar.)* ¿Y tú hermana?

ANA VICTORIA. Con Pepito en el jardín cogiendo flores.

PILAR. Voy a llamarles, porque como no se hayan dedicado más que a esa tarea van a quedar sin rosas las macetas... *(Dirigiéndose lateral izquierda.)* ¡Julita, Julita!... ¡Pepe!... Vamos, ¡se acabó la conferencia!

MARQUESA. Tu hermana viene corriendo; Pepito quiere detenerla, mas no puede.

JULITA. Ya estoy aquí.

PEPITO. Ya estamos... Oye, Pilar, ¿nos necesitabas urgentemente?

ANA VICTORIA. No, erais vosotros los que precisabais el jardín.

JULITA. No sería mucho cuando lo he abandonado.

PEPITO. ¡Y precisamente...! ¡Vaya una bromita, Pilar!

MARQUESA. ¡Vaya, se acabó! Haced todos las paces, y vosotros hablad como en el jardín; todo depende de bajar un poquito la voz...

PEPITO. Si, hablaremos con sordina... *(Riéndose. Pausa. Pepito indica a Julita que se siente a su lado, término derecha. Ella no quiere. Él insiste.)*

MARQUÉS. *(A Pepito.)* Nada, que no la inspiras confianza.

PEPITO. ¿Por qué?

MARQUÉS. Porque no quiere sentarse a tu lado; ¿verdad, Julita?

PILAR. *(Azorada.)* ¡Por Dios!... Con mucho gusto... *(Se sienta.)*

MARQUÉS. Agradecémelo a mí, ¿eh?

PEPITO. Desde luego... Oye... Ya que ejerces tan decisiva influencia sobre Julita, utilizaré tus servicios, que conste.

MARQUÉS. Eso si yo quiero. *(Riéndose. Pausa.)*

MARQUESA. *(A Pilar.)* Tu madre no viene por aquí hace tiempo. Dila que me voy a incomodar.

PILAR. Precisamente lo mismo asegura mamá: que usted tarda mucho en ir por casa.

MARQUESA. ¡Si estuve hace tres días!

PILAR. Pues a mamá la parece un siglo.

MARQUÉS. Que venga mañana y verá los últimos regalos. Ya apenas si caben en el saloncillo.

ANA VICTORIA. El de Concha Cimas es una preciosidad.

MARQUESA. Muy lindo. La mujer desconocida. Un bello busto en mármol. *(Pausa. Lejanas se oirán confusamente las voces de pregoneros de periódicos.)*

MARQUÉS. *(Aparte.)* ¿Qué? *(Pausa.)* Julita no ha visto el regalo de Pepe Valdomar. Anda, Ana Victoria, enseñáselo.

JULITA. Sí, sí.

MARQUESA. Y además oiremos unos dis-

cos de un aparato musical que es un prodigio. Obsequio de este botarate.

PEPITO. Del buen gusto de este botarate, mamá.

PILAR. Vamos.

MARQUESA. Sí, pasaréis un rato agradable.

MARQUÉS. Yo espero aquí. Voy a leer un poco. *(Mutis todos, menos marqués. Larga pausa.)* Sí. *(Junto a la puerta del jardín, escuchando. Se oirán las voces más precisas.)* No cabe duda. *(Muy nervioso, llamando a un timbre.)*

(Criado, lateral izquierda.)

MARQUÉS. En seguida, que vayan por ese periódico que vocean; en seguida.

CRIADO. Bien, señor. *(Mutis.)*

MARQUÉS. Lo inevitable, lo fatal. *(Pausa. Paseando nerviosamente.)* Menos mal que al acercarse los vendedores me di cuenta y pude hacer que Ana Victoria no los oyese. *(Pausa.)*

CRIADO. El periódico, señor.

MARQUÉS. Bien, retírate. *(Mutis criado. Lee nerviosamente.)* ¡Sí, la guerra, la maldita guerra, que aprisiona un pueblo más para arruinarle! Fueron vanos los esfuerzos de

unos hombres íntegros, elegidos, que querían la paz a toda costa. Fueron vencidos sus esfuerzos; charlatanes y traficantes lograron hacer opinión, una parte de opinión, y, como eran los audaces, supieron lograr victoria. *(Pausa.)* Sí, el periódico lo dice en grandes titulares. ¡La guerra! ¡Dolor inmenso, infinito, brutal, íntimas rebeldías honradas en los que no quieren luchar, y, sin embargo, obedecen! La sangre de las venas no es en ellos ya venero de ideal y de amor, sino candente licor que empapará la tierra... *(Pequeña pausa.)* Mas... ¿y Ana Victoria? ¡Pobre hija mía! Llena de felicidad ante la boda próxima, ¡y Alberto partirá a desposarse con la muerte!

CRIADO. *(Anunciando.)* Su excelencia el señor duque de Caris. *(Mutis.)*

DUQUE. ¿Sabéis la noticia?

MARQUÉS. Sí, Alberto; sí; acabo de leerla.

DUQUE. ¡Qué rabia, qué dolor, qué martirio! Porque si mi país fuese a la lucha por dignidad, por honor manchado, por insulto o agresión, yo marcharía lleno de entusiasmo, correría presuroso a defender la Patria. Pero no es así. Mi pueblo no ha sido ofendido, no ha sido mancillado; me consta.

MARQUÉS. Cierto. Será la lucha estéril.

DUQUE. Injustificada, absurda. (*Pequeña pausa.*) No sé... Sí, a usted sí puedo decírselo. He llegado a dudar, a la rebeldía de interpretar mi deber.

MARQUÉS. Y...

DUQUE. Sí, no debo renunciar a mi felicidad; todos tenemos derecho a ella; no debo tampoco sacrificar la de Ana Victoria, para que, una vez yo muerto, tenga ella para siempre en su corazón la horrible pesadilla de una dicha que parece lograrse y que se desvanece. *(Pequeña pausa. Transición.)* ¿Luchar por el honor? ¡Bah! Nadie le ha manchado. ¿Por su existencia? Tampoco; vive próspero, feliz. Pues entonces... ¿qué voy a defender? ¿He de marchar presuroso, dejando el más fuerte amor de mi vida; he de permitir con mi marcha que Ana Victoria, a quien ofrecí la felicidad, sea desgraciada, constantemente desgraciada?

MARQUÉS. ¡Alberto! *(Pausa.)*

DUQUE. Mas ¿y mis padres? ¡Oh, me despreciarían creyéndome cobarde! Seguro estoy de que mi viejo padre habrá ofrecido su espada al soberano, sus bienes, ¡cuanto tenga! Además, soy militar, no puedo olvi-

dar la fe jurada, no puedo discutir, me corresponde sólo la obediencia... ¡¡Sí, justa o injustamente, la guerra está declarada, mi Patria peligra; correré, pues, a defender mi Patria, aunque aquí me deje el corazón!!

MARQUÉS. ¿Cuándo marcha?

DUQUE. En seguida, en seguida; el coche de la Embajada vendrá a buscarme al momento. *(Pausa.)* Yo nada diré a Ana Victoria, pero lo cierto es que no nos volveremos a ver jamás.

MARQUÉS. ¡Alberto!

DUQUE. Por tanto, yo quiero rápidamente deciros que procuréis distraer a Ana Victoria, lograr que me olvide, no envenenar por siempre su dicha con la tragedia de nuestra gloria truncada. Por lo mismo que la quiero tanto, ¡tanto!, deseo no más que su felicidad.

MARQUÉS. Ella no le olvidará nunca, no podría aunque se lo propusiese.

DUQUE. ¡La quiero tanto! Recuerdo hasta los más pequeños detalles de nuestra primera amistad, mis intranquilidades al pensar no ser correspondido, y luego mi intensa, fuerte alegría infantil, al saber mío el bien ambicionado. ¡Y ahora dejarla, dejarla!

MARQUÉS. Quedan unos momentos tan sólo, ¿verdad?

DUQUE. Sí.

MARQUÉS. Yo mismo la avisaré. (*Abrazándole.*) Hasta luego, Alberto; bajaremos a la estación. (*Mutis.*)

DUQUE. ¡A la guerra, conjunto de todos los odios, yo que esperaba ir al amor, gloria de todas las bondades! (*Pausa. Pasea nerviosamente. Se sienta, levantándose en seguida.*) ¡Oh, quizá que no vuelva a verla más, nunca más! (*Pausa.*) ¡¡Ella!!

ANA VICTORIA. (*Entrando.*) ¡Alberto!

DUQUE. ¡Ana Victoria!

ANA VICTORIA. ¿Qué pasa? Mi padre dice que venga... ¿Por qué no has pasado donde estábamos? (*Pausa.*) Mas... dime, dime por caridad... ¡Ah sí!, es la guerra, ¿verdad?... ¿Te marchas?

DUQUE. ¡Ana Victoria!

ANA VICTORIA. Contesta; es peor mil veces la incertidumbre; contesta.

DUQUE. ¡Sí!

ANA VICTORIA. ¡¡Alberto, amor, gloria!! ¡Nuestra vida destrozada, nuestra visión feliz hecha pedazos!... ¡¡Pero no, yo te acompañaré, dime que me dejas acompañarte!!

Duque. ¡¡Ana Victoria!!

Ana Victoria. ¿No iba a ser la boda dentro de quince días? Pues bien, que sea mañana. ¡Sí, contigo, a cuidar tu vida o a encontrar la muerte!

Duque. Aunque lo quisiéramos los dos, es tarde ya.

Ana Victoria. ¡Oh!

Duque. Dentro de unos momentos tengo que partir...

(Ana Victoria, llora dolorosamente toda la felicidad derrumbada. Acaricia las manos de Alberto, las oprime contra su pecho, trémulo de emoción. Larga pausa.)

Ana Victoria. Parece que la vida se concluye... ¡Oh, qué dolor! ¡Ser precisa, indispensable, la separación; no verte, no saber de ti quizá que en muchos días! Anhelar seguirte, acompañarte siempre y no poder! ¿Por qué?

Duque. Esperanza, mi vida, ten esperanza. Dios ha de oír nuestros anhelos.

Ana Victoria. Estarás siempre en mi corazón.

Duque. Yo no podré olvidarte nunca, nunca. Cuando pise la tierra de mi Patria, cuando en la batalla brutalmente terrible, los

clarines vibren en son de ataque, retumben los cañones, estallen en macabro incendio de luz las bombas malditas, entre sangre, en medio de todos los odios desatados, pensaré en ti, pensaré en ti, Ana Victoria, y el generoso recuerdo de tus bondades, será el único amor que triunfe en la batalla.

ANA VICTORIA. Yo rezaré por que tú vivas y por que tus manos no se manchen con sangre, que aun siendo de los enemigos de tu Patria, sangre de humanos es, sangre que Dios quiso llamar de hermanos.

DUQUE. Y hermanos son, Ana Victoria. El impulso que lanza a unos contra otros, en un absurdo desquiciamiento de todas las ideas nobles, no es, no, su propio impulso, el sereno y consciente de su pensar. Es como algo extraño y horrible, que se nos asimila en un momento de locura, y es también, siempre quizá, la ignorancia. Si a los que luchan, no a los que mandan luchar, se les preguntase por qué de tal modo se destruían, no sabrían contestar, y si luego se preguntase de nuevo: Decid: ¿queréis seguir la lucha? ¡Oh, todos, todos abandonarían el fusil, y sobre los cálidos, hirvientes despojos, jurarían paz eterna, romperían con amor la ley

maldita de la fuerza! *(Pausa.)* Yo iré al frente de mis soldados, pelearé porque soy demasiado valiente o demasiado cobarde, ¡qué sé yo!, y al presentarme algún prisionero, acordándome de ti, me sentiré generoso, ¡y te lo juro!, antes que consentir esas inconcebibles sentencias rapidísimas, romperé mi espada.

ANA VICTORIA. ¡Alberto! ¡Noble corazón el tuyo, bendita tu bondad!

DUQUE. Nos separamos, Ana Victoria, pero el recuerdo nos unirá en amor. Y si Dios me concede la suerte de salir ileso, volveré por ti, renunciaré a todos los honores de mi casa y de mi cargo, viviremos juntos una vida venturosa y sencilla, toda felicidad.

ANA VICTORIA. Volverás: Dios hará caso de mis oraciones.

DUQUE. Te escribiré a diario en el descanso de las batallas. En esos momentos de calma relativa, cansados los brazos de destruir, vencen los espíritus con sus esperanzas y sus recuerdos, horas benditas en las que se piensa en los padres, en los hermanos, en la novia.

ANA VICTORIA. Santos momentos de ra-

zón y amor. Si esas sensaciones tuvieran vida, harían como un milagro. Abandonados fanatismos y barbarie, el abrazo que sellara la felicidad sería como un fuerte anhelo de amante fraternidad. Torrentes de ventura bajarían de los cielos; que Dios al fin comprendido, al fin de verdad amado, nos bañaría en venturas, y sería una bendita mansedumbre el alma del mundo.

DUQUE. ¡Divina ilusión! Ella late en todos los pechos generosos. Para lograrla, no es menester sino un fuerte impulso, acometida briosa, y los moldes viejos caerían rotos para siempre.

CRIADO. *(Entrando.)* El coche de la Embajada espera a su excelencia.

DUQUE. Bien. *(Mutis criado.)*

ANA VICTORIA. Avisaré a mis padres...

DUQUE. Perdona, no puedo hacerme esperar.

ANA VICTORIA. Bajaremos a la estación.

DUQUE. ¡¡Adiós!!

ANA VICTORIA. ¡¡Adiós, Alberto!! Rezaré...

DUQUE. *(Interrumpiendo.)* Por mí, no; reza por la paz. ¡¡Adiós, Ana Victoria; adiós!! *(Mutis.)*

ANA VICTORIA. ¡Por la paz y por él! ¡¡Dios mío, protegedle!!

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

Habitación en la casa solariega de los marqueses de Mogarba. Foro centro, un anchuroso balconaje que dará a la llanura. Derecha e izquierda varias puertas. Es de día.

JULIÁN. No tardarán en volver, seña Pascasia. Han salío en la jardinera. Cuatro mulas llevan que se comen las leguas. Así, al mesmo tiempo que hacen una obra de caridá se dan un paseo.

PASCASIA. Sí, sí, buen paseíto les dé Dios. Si no traen algo malo...

JULIAN. ¡Qué van a traer! ¿No es la señorita más güena que el pan, no quiere a los probes como a su familia mesma? Pues luego entonces no podrá traer sino la alegría de haber hecho el bien, de haber consolao a aquellos desgraciaos, que se estaban muriendo mesmamente.

Pascasia. Exageras, Julián.

Julián ¿Que desagero dice usted? Na... La tía Rita mu enferma, el pequeñuelo con el sarampión, y el probe del tío Juan sin trebajo, sin poder ganar na, ni pa medecinas, ni pa médico, ni pa cosa nenguna.

Pascasia. Eso es cierto, los pobres las han pasao muy malas, pero ahora ya es otra cosa. La señorita Ana Victoria les habrá dao de todo.

Julián. De tó, hasta habrá besao al chicuelo y a la madre, y habrá dao la mano al tío Juan. Y es que nuestra señorita no se contenta con hacer bien, sino que lo hace ella mesma, ella mesma, con sus propias manos, que paecen talmente hechas con rosas y nieve.

Pascasia. ¡Es tan buena!

Julián. Ya lo ve usté: en cuanto que se entera de una desgracia, va deseguida y procura el remediarla. Eso cuando la señorita está aquí; que cuando vive en la corte y recibe una carta de un desgraciao, ella mesma contesta.

Pascasia. Todo eso está bien, Julián; pero dime: ¿no comprendes que corre un grave peligro de contagiarse? Hay algunos en-

fermos a los que no debía visitar. Muchas veces se lo he dicho.

JULIÁN. Y ella no la ha hecho nunca caso.

PASCASIA. Verdad, en eso no me atendió jamás. A pesar de que la he visto nacer, que la quiero como a una hija, tanto como puedan quererla los señores marqueses, nuestros amos.

JULIÁN. Misté, señá Pascasia: yo creo que no debía aconsejarla así, porque si un día usté se pone mu grave, mu grave, ¿la gustaría que los demás dijesen a la señorita que no la acompañase?

PASCASIA. Es que yo la he tenido de pequeñuela en mis brazos.

JULIÁN. Y los otros han tenío y tienen siempre su cariño, que es también como un niño güeno.

PASCASIA. Todos la debemos agradecimiento. Es una santa, como la señora marquesa, que también es amiga de los pobres. Pero la señorita los quiere más aún, si esto es posible. *(Pequeña pausa.)* Desde muy niña se la conocía. Ella jugaba con los hijos del jardinero como si fuesen de su clase. No la sucedía como a otros niños, que no quie-

ren amiguitos vestidos humildemente, hasta sucios muchas veces. *(Pequeña pausa. Transición.)* Oye, esto hace muchísimos años: ya ves tú, cuando yo era joven. Los señores marqueses estaban sentados en el portalón, junto a la carretera. La señorita Ana Victoria, que entonces tenía ocho años, se entretenía con su más querida muñeca, un precioso juguete que el señor marqués la trajo de París. Pasaron unos mendigos harapientos, con la mugre de sus ropas destrozadas. La mujer traía una niña de la mano, una pequeñuela bonita, de grandes ojos muy abiertos. «Una limosna por Dios»... Se les socorrió como siempre se hace en esta casa. De pronto la nenita de los ojos negros se separó de su madre y se acercó corriendo a la señorita Ana Victoria. Sus brillantes pupilas se habían dilatado extraordinariamente. Miraba con asombroso entusiasmo la muñeca lujosa, de tamaño natural. «¿Me la dejas besar?» —dijo con su vocecita. La señorita Ana Victoria, poniendo el juguete en brazos de la niña, exclamó: «¡Ten, para ti; yo la quería mucho, pero te la regalo!» Y después besó con sus labios finos los sucios labios de la pobre. La señora marquesa lloraba, los mendigos también,

y entretanto las dos pequeñas se abrazaban alborozadas. El padre de la desgraciadita, mientras contenía la emoción, dijo: «Es la feliciá más grande de mi vida, señores; su niña de ustés nos ha dao lo que naide, lo único que hace creer en Dios... Amor... ¡Bendita sea!» Y cogiendo a su hija en brazos, muy junto a su mujer, echaron a andar carretera real alante.

JULIÁN. Ma emocionao usté, señá Pascasia.

PASCASIA. ¿Ves? ¿No lo sabías? La señorita no quiere que se cuente nunca nada de ella. Es modesta y humilde.

JULIAN. Es santa. *(Pausa. Se oirá el cascabeleo de un coche de campo.)*

PASCASIA. Ya llegaron. *(Levantándose. Asomada al balcón.)* Mírala, parece una reina que desciende de su trono. *(Pausa).*

JULIÁN. Me marcho, señá Pascasia. Voy a ayuar a Paco a desenganchar. *(Mutis.)*

ANA VICTORIA. *(Entrando.) (Dirigiéndose muy cariñosa a la señora Pascasia.)* ¿Ves, vieja gruñona y malhumorada? Vengo sana y salva, y, lo que es todavía mucho mejor, contentísima. Y todo a costa de muy poco trabajo. Unas caricias, palabras de con-

suelo, la sencilla aplicación de algún medicamento. Ya ves tú qué fácil es eso que llaman caridad y que yo denomino deber de mutuo amor.

PASCASIA. Eres un ángel, Ana Victoria; un ángel. ¡Mi niña, mi niña! *(Emocionada. Pausa.)* ¿Te acuerdas de aquellos tiempos en los que yo te llevaba en brazos?

ANA VICTORIA. Sí, me acuerdo, me acuerdo, ama Pascasia. Vaya, vete a ver qué hacen los criados, ¿quieres? Yo voy a sentarme un rato; necesito descansar.

PASCASIA. Pero ¿y el señorito?

ANA VICTORIA. Marchó a la ciudad en busca de un médico para esos desgraciados. Pero volverá muy pronto. Ha ido en automóvil, y hace ya bastante tiempo que salió.

PASCASIA. Bien, mi niña, voy a cumplir tus instrucciones *(Mutis.)*

ANA VICTORIA. *(Después de un prolongado silencio.)* ¡Qué hermosa luz la de este día! *(pequeña pausa. Junto al balcón.)* Da gozo respirar a todo pulmón este aire puro, aromado y cálido como una caricia; mirar esa infinita llanada áspera y fuerte como el alma de sus hombres; mirar, sí, lejos, recreándose la vista en un horizonte sin fin... *(Pausa.*

Transición.) Es augusta la sensación que nos inunda en ideal. Porque aquí se aprende a amar lo grande, lo hermosamente humano, porque a solas con la naturaleza y con nosotros mismos sentimos repugnancia por nuestros actos ruines, y amor por nuestras acciones generosas... *(Pausa.)* ¡Llanura castellana! ¡Tierra de héroes y de poetas, noble encarnación de una Patria fuerte! Altos ingenios te cantaron, y en el tesoro de sus versos supieron encerrar esplendoroso el limpio vibrar pujante de un genio único; supieron alentar a los que luchan, que es divina misión de los elegidos; advertir a los que tuercen su conciencia, que es santo privilegio de los generosos; castigar a los que se venden, que es valiente misión de los justicieros; premiar, en fin, a los que ponen su vida entera al servicio de la Patria, que es dichosa tarea de los justamente encumbrados. ¡Llanura castellana! ¡Bendito símbolo de pasadas glorias, esperanza ardiente de futuras grandezas! ¡Del pardo color de tus tierras ha de revivir la fuerza salvadora; tus hombres rectos, constantes y fortísimos, sabrán vencer, y una íntima y pacífica reconquista será el principio de otros días!

PASCASIA. *(Entrando.)* Ya cumplí tus instrucciones, Ana Victoria. Todo está corriente.

ANA VICTORIA. *(Preocupada con sus intensas emociones, no se fija en lo que le dice.)* ¿Cómo?

PASCASIA. Que he revisado los servicios, y que están bien.

ANA VICTORIA. Bueno. *(Pausa. Empieza a anochecer lentamente.)*

PASCASIA. Te encuentro distraída, como triste quizá. Mucho miras al campo, y eso es prueba de que no estás en este mundo.

ANA VICTORIA. ¿En cuál entonces?

PASCASIA. En el de tus tristezas, de tus alegrías o de tus recuerdos.

ANA VICTORIA. En el de mi realidad, ama Pascasia, que ahora es dichoso, muy dichoso. Sólo puedo bendecir a Dios. Me ha dado amor, que es lo único que merece vivir la vida; amor hacia mi marido, fuerte pasión de él en venturosa correspondencia, y en ambos un deseo insaciable de sembrar venturas.

PASCASIA. Los pobres del contorno adoran en ti.

ANA VICTORIA. Y yo en ellos, en sus alegrías infantiles, en sus mansas resignaciones,

en sus esperanzas. ¡Qué alegría la de hacer bien!

PASCASIA. ¡Y quién pudiera hacerlo siempre!

ANA VICTORIA. Todos podemos en la medida de nuestras fuerzas, todos. Porque el de modesta posición que no puede hacer limosna de bienes materiales, si quiere, en cambio, reparte consuelos, cariños... Siempre hay un enfermo a quien cuidar, un vencido a quien dar ánimos, un corazón frío de todos los amores, a quien animar con el fuego de nuestro corazón hermano.

PASCASIA. Aun recuerdo la boda de la Juana y de Pepín. A ti deben su alegría.

ANA VICTORIA. Hice cuanto pude. *(Pequeña pausa.)* Lo recuerdo con placer. El era un republicano furibundo, revolucionario más bien, intransigente y radicalísimo. Odiaba a los ricos, porque de ellos no conocía sino sus riquezas, su orgullo, su boato, que estimaba un insulto. Alguna vez habíase acercado a los poderosos, que le trataban duramente, que le mandaban siempre, sin animarle nunca. Un día su madre anciana cayó enferma. Precisaba medicinas caras, alimentos caros, aire, campo. Creyó enloquecer.

No le bastaba, no, su sueldo risible, por el que sus brazos fortísimos laboraban sin descanso. Y el revolucionario, con lágrimas en los ojos, quiso ver al rico, al señor que utilizaba su juventud y su fuerza: al amo. Un administrador duro y lacónico se negó rotundamente. El obrero suplicó primero, y ante la bárbara crueldad, gritó destempladas protestas de virilidad y amor. Quedó despedido. Y él, hijo amantísimo, vió que la muerte se acercaba para llevarse a su madre, y él, fuerte, vió que su honradez y su trabajo eran impotentes, y loco de dolor, maldijo de la sociedad y de la justicia... Su novia, ¡pobrecilla!, vino a verme toda convulsa en lágrimas. ¡Por Dios, por caridad!—me repetía—. ¡Por deber!—le contesté—. Y el obrero tuvo medicinas para la anciana enferma, a la que cuidé cariñosamente. Hoy está salva. Su hijo, casado y feliz, trabaja en mis tierras. Cuando me ve se descubre respetuoso, y temblando de emoción, besa mi mano. El revolucionario es manso de espíritu, es bueno. Y toscamente, asegura que si los pobres, además del lujo de los ricos, vieran bondad en su corazón, no habría revueltas, ni atentados, ni odios...

PASCASIA. *(Emocionada.)* Ana Victoria, mi niña, mi niña...

ANA VICTORIA. Rezad con el corazón y seréis los predilectos de Dios; no con palabras, que son casi siempre la negación de nuestros actos. Tened todos amor en vuestros distintos puestos, y se acabarán para siempre las convulsiones fratricidas...

PASCASIA. Al señorito le tocó en suerte un ángel por mujer.

ANA VICTORIA. ¡Angel! Di mujer enamorada, y habrás dicho bastante.

PASCASIA. Ciertamente. Tu luna de miel es corta aún, cinco meses; pero, a lo que parece, durará eternamente.

ANA VICTORIA. Así lo creo, ama. *(Besándola.)*

PASCASIA. ¡Ana Victoria!

ANA VICTORIA. Al fin soy feliz, después de la espera angustiosa, terrible. Tres años esperando, esperando, con la dolorosa incertidumbre de su suerte, entre rezos y anhelos.

PASCASIA. Le escribías con frecuencia, ¿verdad?

ANA VICTORIA. Todos los días. Era un gran consuelo para mí, trazar su nombre después de una frase cariñosa, decirle con toda

minuciosidad cuanto hacía, cuanto pensaba... ¡cuánto deseaba!

PASCASIA. ¿Y él?

ANA VICTORIA. También me escribía a diario, pero sus cartas llegaban irregularmente. A lo mejor, cuatro o seis de una vez; de pronto, varios días sin sus noticias. ¡Qué impaciencia y qué placer, luego, al ver lo primero su firma nerviosa, de una letra grande y difícil; leer en seguida muchas veces, muchas, y recrearme con sus palabras, con sus promesas, y soñar con el espíritu de grandeza y de perdón que triunfaba en sus escritos! Y quedarme como en éxtasis, y creer ver un sinnúmero de hombres que se destruían, que maldecían de todo, de Dios, de Justicia, de Bondad, de Belleza, de Amor, y que entre su muchedumbre surgió uno de ancha frente y noble prestancia que les habló larga y entusiasta, y que entonces el innúmero tropel de humanos volvióse iracundo contra unos hombres que llevaban cascos de oro y ricas insignias hasta entonces veneradas; volvióse justiciero y generoso, perdonó la vida a los que causaron tantas muertes, pero les castigó expulsándolos a lejanas tierras. Y luego, la muchedumbre, ante los escombros hirvien-

tes, rezó. Y yo creí ver—obsesionada en mi pesadilla—como un solo corazón, el corazón del Universo, postrado ante una sola Justicia y una sola fuerza: las de Dios... Y que del cielo caían unas bellas flores blancas. Y que para siempre fructificaron en la tierra... Ya ves tú, ama Pascasia, si fué venturosa mi ilusión. A los pocos días fué firmada la paz...

DUQUE. *(Entrando.)* La más bella palabre que pudiste decir, Ana Victoria. Ella trajo a los hogares amor, amor y felicidad al nuestro.

ANA VICTORIA. Sí, Alberto.

DUQUE. Ya está todo hecho. El médico dice que no es grave. Hola, ama.

PASCASIA. Señor duque...

DUQUE. ¡Señor duque, vaya...! Hay que tratarme con mucha confianza, como trata usted a Ana Victoria.

ANA VICTORIA. Sí, mi vieja, sí; a los dos nos gustará más.

PASCASIA. *(Cogiendo un bastón de campo y el sombrero.)* Traiga el señor duque... digo, traiga usted... se lo llevaré a su cuarto.

ANA VICTORIA. Este ama mía es incorregible. *(Mutis Pascasia.)*

Duque. Todos han quedado bendiciéndote.

Ana Victoria. Bendiciéndonos, dirás.

Duque. A ti sobre todo. Ellos saben que tú eres quien les socorre. ¡Y te quieren más!

Ana Victoria. Nos quieren, di. ¡Qué obsesión de que todo lo bueno es mío solamente! *(Pequeña pausa. Transición.)* Oye, ¿llegó a tiempo el médico?

Duque. Sí, y afortunadamente será cosa de días no más.

Ana Victoria. Dios lo quiera. *(Larga pausa. Empieza a anochecer.)* ¡Qué grato silencio!

Duque. Es como una fantástica vibración dormida que tuviese algo de nuestros recuerdos, aliento vital de nuestras almas.

Ana Victoria. Pasan los instantes cúmbres de nuestras vidas en una visión de dolor o de alegría. Por eso, en estos momentos, muchas veces nos trae la rumorosa sinfonía del silencio, el eco de un beso, el calor de un deseo, la flor de una ilusión, algo que nos poseyó enteramente, y que luego, ante la añoranza, tiene el encanto de un suspiro y el ardor de una frase toda juventud...

Duque. ¡¡Amor!! ¡Divina ilusión, tesoro

de Dios que llegó a los hombres, realidad ardiente y alada poesía!

Ana Victoria. Mira la llanura: a la luz suave del atardecer parece una perspectiva de romántica ensoñación. Mirándola te he recordado mnchas veces, he pensado en ti...

Duque. Tú estabas constantemente en mi corazón hasta en lo más intenso de las batallas... *(Pequeña pausa.)* Una vez... El campo aquél parecía un infierno de destrucción. Se tenía especial empeño por conseguir la cúspide de una colina. Se llegó al cuerpo a cuerpo. De pronto vi abalanzarse hacia mí a un oficial enemigo. Pues bien: mientras luchaba me acordé de ti, y así fuiste tú quien le salvó la vida.

Ana Victoria. ¿Cómo?

Duque. Fuí a herirle con mi espada de combate, y en el mismo momento pensé que, cual yo, podía tener novia, esposa quizá, que le esperase con sus hijos, y, desviando el golpe, le libré de una muerte cierta. Luego, con la ayuda de mis soldados, le hice prisionero. El oficial aquél me expresó más tarde la falta de entusiasmo con que peleaba. Estaba, como yo, enamorado.

Ana Victoria. ¡Hermosa acción la tuya!

Si ese oficial y tú os encontraseis de nuevo en un combate, en lugar de acometeros os abrazaríais. Y es que sobre la miseria de las ambiciones desatadas, sobre el trágico relumbrón de palabras huecas, sobre la idea de muchas cosas que se acatan como una religión, está la generosidad y el amor.

DUQUE. ¡Qué entusiasmo al escucharte! Eres mujer, muy mujer; al unísono de tu corazón vibran el de las novias y el de las esposas. No queréis, no aceptáis lo que los hombres inventamos, no admitís el artificio. Y es vuestro anhelo como un sublime deseo de renôvación... Sólo vosotras os mantuvisteis apartadas de la mundial locura. *(Pausa.)*

(Se oirá una serenata de guitarras. Luego la siguiente copla:)

Tiene la mujer que ser
como la tierra labrada:
firme igual que la razón
y como santa de honrada.

(Cesa la copla, siguiendo el rasgueo de las guitarras hasta extinguirse lentamente.)

ANA VICTORIA. ¡Linda copla!

DUQUE. Y bien cantada. Escucha, aun se oye el rasgueo de las guitarras. Parece un suspiro.

ANA VICTORIA. O un anhelo.

DUQUE. Di amor, y habrás dicho todo.

ANA VICTORIA. Cierto. Suspiros y anhelos son el alma del cariño.

DUQUE. Di, Ana Victoria, pensando en mí ¿suspiraste muchas veces? *(Pausa. Él lee en los ojos adorados el fuerte amor que triunfa. Son felices. Se acarician entusiasmados.)* Esta es la dicha; serenidad. Afán de ideal, y, al mismo tiempo, un fuerte afán de acariciarse dulcemente, dulcemente, como si acariciásemos nuestra propia felicidad. Así, muy a mi lado... ¡Ana Victoria! La belleza brilla en tus ojos; te miro y siento un afán de jurarte amor, de hablarte rendido, suspirante, como si aun fuésemos novios.

ANA VICTORIA. Somos felices. Pero por serlo hemos de procurar consuelo a los necesitados, cariño a los pobres. Mañana volveremos a visitar nuestros enfermos, ¿verdad?

DUQUE. Sí, mi vida; sí; y nosotros, que nos amamos tanto, hablaremos de amor a los desgraciados. Es tu vida cariñosa y buena como una oración de Cristo. Y así la mía es también generosa, que se mira en la tuya, y de quererte tanto aprendió sus virtudes. ¿Ves? Aquel divino sendero de luz que la

luna marca en el lomo de la tierra es como una imagen brillante de nuestros anhelos, uno solo en una sola existencia. Parecen sus bellos resplandores como un santo precepto del Todopoderosó: «Amaos los unos a los otros.» Y así como sus haces brillantes besan la llanada, tú amas a los humanos, a los humildes, a los pobres de espíritu, a los que precisan, no una limosna que se envía, sino un corazón que se conduela... Soñemos, Ana Victoria; la noche invita a nobles ambiciones de amante fraternidad: enjugar lágrimas, aliviar dolores, desear ardientemente que en todos los labios florezcan sonrisas... ¡¡Soñemos, vida; es la hora feliz de los ensueños!!

ANA VICTORIA. La hora mágica, divina de la ilusión. Poco ha que sonara en los campos la voz encantada de las campanas. Ya en los valles de la vieja Europa, orgullosa de su civilización, vibrarán de nuevo. Y serán sus notas reposadas, invitación amable a la penitencia y a la regeneración.

DUQUE. La paz triunfa en la tierra. Bendita sea.

Ojos de mujer, podéis iluminar la vida; risas de niños, podéis hacer vivir la poesía; cerebros y brazos de los hombres, podéis la-

borar por el mañana sin crispaciones violentas, podéis crear para siempre el Ideal. ¡¡Ana Victoria, mujer, santa, diosa, a mi pecho, entre mis brazos, así!! ¡¡Nuestro anhelo pudo realizarse; venció el Amor, él creará otra vida!!

La divina, alada quimera triunfaba esplendorosamente en la voz acariciante y en los azules ojos de la amada, como en éxtasis, ante las palabras cariñosas.

El noble ideal que había florecido en el pecho de los dichosos, era ahora como una ilusión realizada, como una inmensa caricia que halagase el ambiente, el que, ante el conjuro, era todo vibración.

El amplio balconaje abierto permitía ver la llanada, toda blanca en luz de luna, y lejos, como un símbolo, aquel divino milagro de luz que hacía plata las cumbres de los montes...

FIN

EPÍLOGO

(RESPONSO)

Un epílogo que no escribe el autor del libro, es siempre como una *Marcha Triunfal* que acompaña a los vencedores que vuelven de la lucha.

Hoy, nuestro epílogo al libro es como un responso a Cristino Alvarez.



Un día, nuestros elogios para Cristino Alvarez salían nerviosos, rápidos, atropellándose, como si se exaltaran para salir, como las ovejas cuando salen apretadas por la puertezuca del corral a la campiña donde los corderillos pasaron las horas balando...

Era el día en que estallaba para él nuestra amistad de una manera exuberante y espumosa, antes de comprender todo el valor de la noticia amarga que acababan de darnos y no cogía en nosotros.

Hoy nos estrujamos la frente con la mano, que

vamos bajando hasta cubrir nuestros ojos cerrados, y así, ante la negrura de los párpados, y ante la virginal cuartilla blanca, callaríamos siempre, guardando para nosotros este tesoro trágico de pensar en aquel profundo amigo, que era el íntimo amigo de todos, y que con su intimidad nos dejó un acariciante dolor indefinido e indefinible.



Eran muchos los deseos que tuvimos nosotros de lograr una ocasión para hablar a todos de Cristino Alvarez; pero llegado el momento, procuraríamos deslizarnos pálidos por el dolor y pálidos por la negación de nuestra pluma, que nada digno de esta ocasión ha de saber decir.

Sólo nos detiene ante vosotros el deseo de Pedro Caballero, que todavía nos parece que trae la voz del muerto, porque para nosotros fueron los dos lo mismo; porque, si nos permitís la crudeza de la frase, si era fatal el suceso, lo mismo nos daría que fuera para Pedro Caballero para quien abrieran el hoyo de la tumba, y no otra cosa diríamos de Lúis Soler, el inseparable de los dos, si no fuera que entonces sería nuestra sangre la que se pudriría.



Y os diremos cuándo era cuando los elogios se agolpaban a la punta de la pluma como una congestión.

Cristino Alvarez había partido para Málaga, y para subir al vagón le tuvieron que ayudar enganchándole de los sobacos. La muerte le llevaba envenenado.

Todos, entonces, sentíamos por él un cariño mimoso, como por un chiquillo enfermo. Le hubiéramos regalado todas las chucherías de nuestro afecto, y al ofrecérselas, no hubiéramos sabido evitar unas lágrimas de sensiblería.

Cristino Alvarez, como todos los buenos de corazón, tenía una afabilidad risueña, que era como un hueco donde pudiéramos ir metiendo todo nuestro cariño. Y es que no sólo se ha de ser bueno como los que tienen una matemática conciencia de que lo son, sino que, además, hay que poseer el secreto—secreto aun para uno mismo—de hacer buenos a los demás con su presencia. Es decir, que su afabilidad era como un extraño espejo para los amigos; pero un espejo que diera la imagen amable antes de que los que se miraran en él pusieran el gesto afable.

Su amistad era como si pusiera en cuenco las manos para beber agua, y en vez de con agua, lo llenara con la parte buena de todos nosotros.

Su alegría, su sinceridad, su cordialidad eran, pues, un excitante para nuestra cordialidad. A Cristino Alvarez le debemos la satisfacción de habernos descubierto por dentro una vez, y haber visto en el fondo de nosotros algunos atisbos sinceros.

Así, cuando él asomara su cabeza por la ventanilla, y para despedir a los amigos hiciera temblar de fraternidad sus párpados entornados por la eterna sonrisa, todos recibirían una luminosidad como los astros opacos, los que necesitan el brillo del sol para brillar.



Al llegar este momento en las novelas, los literatos pequeños de espíritu dan a los caminos de hierro una curva para que en ella se pierda el pañuelo que se agita. Nosotros, menos literatos, pero más amplios, no queremos eso, porque cuando se despide a una persona entrañable no escondemos ni retiramos el pañuelo; lo agitamos hasta el infinito, porque no podemos despedir radicalmente a la madre que murió ni a la novia que quisimos...

Es una imagen de nuestro intranquilo pensamiento, que si no hubiera curvas en la vía, hasta la eternidad veríamos agitarse la mano de Cristino Alvarez, porque no habría acabado de perderse nunca.



Partió el convoy, y diríase que aquel vagón llevaba a la muerte; que conducía dentro a la muerte, y que la muerte era la estación de llegada.

Había en todos los rostros el engaño de ver su

rostro alegre. Cristino Alvarez iba a satisfacer su último capricho: un viaje a una ciudad cálida, donde la superficie del mar siente y recoge el mimo del sol. Pero como los planetas opacos, al no llegarnos después el brillo de su sonrisa, volvimos a nuestra opacidad, pero a una opacidad muy obscura, muy profunda, muy silenciosa...

Pensábamos en seguida que la cara noble de aquel hombre habría tenido el grandioso esfuerzo de engañarnos; engañarnos él, que con el malabarismo de sus mentiras chispeantes no había querido ni hubiera sabido jamás engañar a nadie.

Cristino Alvarez nos enviaba al despedirse toda la felicidad que le quedaba; pero su vida iba estrujándose como una esponja por las manos chasqueantes de la muerte.

Es entonces cuando, llevando nosotros la fiebre del temor, le enviamos toda la policromía de nuestro cariño como unos juguetes.

Y entonces llega a nosotros la tremenda nueva, que vamos creyendo poco a poco, porque no cabe entera en nuestro corazón ni en nuestra idea, y es entonces cuando cogemos la pluma—tiembla ella o tiembla nuestra mano—y vertemos los elogios para que él lea la noticia rodeada de cariño y de amistad, que no regatea verdades; que no tacha la envidia... Dichoso él, que no aprendió a ser envidiado siendo envidiable...

Su cadáver estaba lejos—entonces no hubiéramos dicho *cadáver*, que es una palabra dema-

siado fría para un cuerpo caliente—, y no sospechábamos que se estaba enfriando.

***

Van pasando los días. Cristino Alvarez no surge ya por esta puerta, por ésa, por aquélla, como surgía antes de aquí y de allá, casi volátil, no por su cuerpo delgado, sino por su alma elevada y cordial...

Y ya sentimos el frio de creer en su frialdad eterna.

***

Alguien ha dicho de nosotros—ese gusanillo de luz de intelecto que se llama Correa Calderón—que traemos el optimismo de la montaña rocosa y fuerte cuando aparecemos en la ciudad. Quien nos dijo esto, sabía que de los pueblos arriban otros pueblerinos que no son como nosotros, que son rencorosos, desconfiados, mixtificados por el deseo de ciudad.

Así, también, hay dos hombres en la ciudad: hombres que han aprendido de cada uno de tantos hombres todas las marrullerías y los odios de envidia y de vecindad, y todas las amarguras de la mediocridad disimulada, y hombres que son campanas de resurrección que alegran la ciudad, como el sol de medio día, que llega al fondo de los patios que parecen tubos; hombres que en el campo se hubieran educado a venerar la flor en la

planta, y en la ciudad redimen las flores de los industriales y se las ponen en el ojal, para que, con ellas así, llevar el espíritu de las multitudes dichosas e ingenuas que en un día, en una fecha, desbordan la alegría.

Este era Cristino Alvarez.

Hablamos del hombre.

Si el que se ocupó de nosotros acertó en sus consideraciones tal como nosotros aseguramos que hemos acertado al considerar así a Cristino Alvarez, imaginad el contraste: el espíritu alegre de la ciudad, y el espíritu de la montaña fuerte.

En conjunto: una fiesta en medio del campo. ¿Se conoce dicha mayor que ésta? ¿Habéis visto que no es cierto que el pueblo y la montaña sientan repugnancia mutua?

El pueblo goza con sentir la caricia fragante y franca de la montaña un día—y más que nada el pueblo bueno, el pueblo que se ama—. La montaña despierta ante la multitud, que un día camina a ella llevando su alegría para pasearla por la montaña.

Ved ahora por qué Cristino Alvarez y nosotros apretábamos en el abrazo que nos dábamos al llegar nosotros a su ciudad; al llegar él a nuestra montaña.

Eramos el complemento el uno del otro.

Entre los dos éramos el mundo que gira.

Pedro Caballero, él y otro, eran la ciudad, misma en su parte sana. Pero él se destacaba como

maestro. Tal vez los otros tenían más personalidad, se quedaban más consigo mismo, más cerrados a los demás.

Cristino, no; Cristino Alvarez era como esas lucecitas de la ciudad lejana, que son el faro del caminante.

Cristino Alvarez tenía, como esa ciudad, su día y su noche todo el tiempo. Su día era la alegría de siempre; su noche hospitalaria era su nobleza de siempre.

Hablamos del hombre.



Y era tan bueno y tan dichoso el hombre, que se desbordó en sus cuartillas, que son su ciudad.

Sus cuartillas inolvidables son limpias, claras, jugosas, sabrosas, sutiles y ágiles.

Llevan un cariño a todos, y con todos se ríe de una manera noble de quien graciosamente critica. Critica para purificar. Critica amando.

Si en sus crónicas se ve obligado a dar una nota amarga, le duele darla... y al final se abandona en el casticismo y en la gente buena y dichosa, que es su campo amplio.



A veces cae como un chiquillo en las redes románticas, nobles y fastuosas, de la literatura de Pedro Caballero, como un niño que admira el mar; ¿cuál es más grande, el niño o el mar?

Se admiran mutuamente, y por razones de compenetración y por razones de fraternidad, hay una fuerza que tiende a unirles para producir juntos su arte.

Ningún acierto tan maravilloso.

En efecto; acabamos de leer el resultado, y no podíamos esperar otra cosa. Ved si no:

Cristino Alvarez: un espíritu infantil, alegre, amable, y que llevaba sobre su alma, sin duda, la bondad de los que llevan la muerte para en breve. ¿No pensáis, como nosotros, que aun los que van a morir inesperadamente llevan la señal de la muerte? Pensad, pensad en ello profundamente...

Y Pedro Caballero: un espíritu noble, caballeresco, recto para la justicia y flexible bajo su recto gesto para el bien—porque es hombre que considera el bien como justicia—; espíritu que arrancó para sí, o arrancaron para su nacimiento, la más noble acepción del *quijotismo*, que ha sido la dicha de su vida, el placer acariciante de todos sus años: sentirse galante y *Quijote*.



Pedro Caballero pasa por la vida con la frente erguida. Nosotros no nos determinamos a negar que sea orgullo, orgullo de su talento y de su nobleza al ir descubriendo que no todo el pueblo es como él.

Y tal vez quiera imponer su nobleza y su pen-

sar tan sano, levantando la cabeza y frunciendo las cejas al cruzar por la vida, como una reprensión a todos, a quienes él también ama como a una familia universal.

Y así, de estos dos espíritus claros, transparentes, amables, apasionados y artistas, fué naciendo, como en un panal, este canto a la paz, hermoso y fragante, que nosotros no sabemos elogiar, pero que nos jactamos de saber admirar como vencidos por su paz, no como vencidos en la guerra.



Cuando llegó a nosotros la tremenda noticia, que en secreto para nosotros mismos esperábamos, hemos dicho que los elogios para Cristino Alvarez se amontonaban en nuestra pluma para que la Prensa los diera y el cadáver caliente pudiera satisfacerse, no con vanidades, sino con el afecto sincero, con la amabilidad plena y regocijante, que era lo que más podía satisfacer a ese eterno muchacho que entregó su juventud a la muerte.

Hoy, Pedro Caballero nos pide estas líneas, cuando simultáneamente nosotros se las ofrecíamos, y nos encontramos extrañados al final de nuestra misión, porque recordamos que, a pesar del deseo, al comenzar no sabíamos llevar la pluma al papel.

Imaginábamos que el silencio y la virginidad

blanca de la cuartilla eran el mayor elogio. Así es, en efecto. También el silencio de la tumba seria una pura oración, y, sin embargo, la madre ora por su hijo moviendo los labios y rompiendo el silencio. También la virginidad blanca de la piedra sepulcral lleva más puro el semblante de la muerte, y, sin embargo, los padres echan flores sobre la tumba de los hijos, y los hijos dejan el color de una corona sobre la losa de los padres...

Ved por qué, comprendiendo mi falta, no me supe resistir a ir manchando las cuartillas con este responso manso e ingenuo.



El acto de Pedro Caballero al tratar de poner en nuestras manos esta colaboración suya con Cristino Alvarez, es el de más fervoroso cariño hacia la memoria de ese amigo que se fué a la eternidad, como un símbolo de la amistad eterna, esa amistad que se busca inútilmente.

Cuando solamente en el vacío, en la nada, encontramos imaginativamente a Cristino Alvarez —y nos parece que estamos nosotros en el vacío y en la nada cuando pensamos intensamente en él—, surgirá este libro, que acariciaremos un momento, porque vendrá a ser también como un divino engaño de su presencia.

ANTONIO ROBLES.

Escorial, 1920.


IMPRENTA
CLÁSICA ESPAÑOLA